

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 19. — N° 403.

Administracion general, passage Saulnier, num 4, en Paris.

## SUMARIO.

SS. MM. en el pabellon erigido por la villa de Thonon; grabado. — La Dama de noche. — Brusos y Maronitas. — Entrada de SS. MM. en la ciudad de Grenoble; grabado. — Llegada de SS. MM. a la prefectura de Grenoble; grabado. — El cortejo imperial pasando por delante del palacio de justicia en Grenoble; grabado. — Salida de SS. MM. de Grenoble; grabado. — Revista de Paris. — Un azar del Rey Chico de Granada. — Celos de la luna. — Viaje del emperador; grabados. — Una historia inglesa. — Excursion de SS. MM. al mar de Hielo; grabados. — Luisa Maximiliana de Stolberg. — Traje de S. M. la emperatriz para su excursion al mar de Hielo; grabado. — Vista general del valle de Chamunix; grabado.

## LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Conclusion.)

Ines guiaba.  
A través de muchas habitaciones, nos condujo á una extensa, magnífica, alegre.  
Pero apenas entró en ella Margarita, se detuvo, se

puso pálida, tembló, dió un grito, y cayó en tierra; enteramente privada de conocimiento.

Todos acudimos á ella.

Cuando volvió en sí, dijo con precipitacion, con la voz trémula:

— Sacadme, sacadme de aquí.... me ahogo.... esta temperatura.... está muy alta....

Entonces, y solo entonces reparé en que la habitacion donde nos encontrábamos era la misma en que habia muerto estrangulado por M. Rouget el marqués de la Roca.



VIAJE DEL EMPERADOR. — SS. MM. EN EL PABELLON ERIGIDO POR LA VILLA DE THONON, EXAMINANDO EL SITIO DEL PUERTO DECRETADO POR EL EMPERADOR.



CCXXV.

Margarita estuvo gravemente enferma algunos días. Afortunadamente, aunque su fiebre fué intensa, terrible, no la sobrevino el delirio: á sobrevenirle, Ines que no se separó un momento de ella, hubiera conocido graves, terribles secretos.

CCXXVI.

Cuando Margarita estuvo completamente restablecida, me dijo:  
— Voy á emprender un largo viaje.  
Me puse pálido.  
— Le haremos los dos, aunque separados, anadió Margarita comprendiendo la causa de mi palidez.  
— ¿Y á dónde? le dije.  
— A la Habana.  
— ¡A la Habana! ¡arrastrar los peligros de la travesía!  
— ¡Oh! ya se hace con suma rapidez y estamos en el buen tiempo.  
— Pero ¿para qué?  
— Es necesario reponer en su honra el nombre de mi padre: es necesario pagar por completo á sus acreedores: hay uno á quien es imposible pagar: á Pablo, al señor del lago: pero amaba á mi madre, á mi hermana: Ines será su heredera, porque yo sola pagaré las demás deudas.  
— Pero para eso, Margarita, no hay necesidad de que Vd. vaya, un apoderado basta.  
— Quiero salir de aquí, Andrés: quiero volver á respirar el aire natal: estoy enferma... muy enferma... y luego... mi hermana vive en aquella quinta... si yo fuera mucho á ella... no, no: me voy de España... y Vd... Vd. me acompañará.  
— ¡Oh! ¡sí!  
— Usted se irá por la via de Inglaterra, para lo cual saldrá Vd. de Madrid algunos días antes que yo: yo me iré por Cádiz: llegaremos casi al mismo tiempo.  
— ¿Y porqué no ir juntos, unidos?  
— ¡Ah! ¡no! ¡no! esperemos, esperemos.  
— Yo desespero...  
— Pronto: nueve meses pasan pronto: ¿no está Vd. satisfecho de mi amor?  
— ¡Oh! ¡sí!  
— Pues... esperemos: respetemos la memoria de mi madre.

CCXXVII.

Quince días despues me embarcaba yo en Plymouth con destino á la Habana.  
Cuando llegué, al fondear el buque, de una lancha que habia venido de tierra, entró á bordo un negro con trazas de mayordomo, y me dió una carta.  
Era de Margarita.  
Habia llegado tres días antes que yo.

CCXXVIII.

Cuando la vi me aterró.  
No podia tener duda: la tisis se habia apoderado ya de ella.  
¿Quereis que convierta la pluma en escalpelo, que os haga un análisis minucioso de cada paso que dió hácia la tumba Margarita en seis horribles meses?  
¿Queris que os diga cómo se fué idealizando aquella maravillosa hermosura, hasta convertirse en un ser apenas viviente, trasfigurado á un tiempo por la tisis y por el amor?  
¿Quereis que os describa todo el punzante y doloroso placer de aquel amor de ángel, puro como su alma, como su alma candoroso, como sus desgracias triste, terrible como sus recuerdos?  
¿Quereis que os haga la historia de la terrible expiación de sus desdichas?  
¿De cómo pasó aquella mártir de la tierra al cielo?  
¡Ah! ¡no! ¡yo no puedo!  
Margarita fué tal vez una víctima expiatoria, predestinada al dolor.  
Yo he estado loco.  
Durante mucho tiempo he visto por todas partes, delante de todos los objetos aquel semblante pálido, transparente, inmóvil, helado; aquella cabeza en que una peinadora de cadáveres habia agrupado tres magníficas trenzas rubias.  
Hoy, otras tres trenzas rubias coronan la frente pálida de otra mujer á quien amo...  
¡A quien amo despues de haber perdido á Margarita!  
¡Oh! ¡el alma humana!  
Los muertos, los recuerdos, no bastan á su actividad.  
Continuemos.

CCXXIX.

Los acreedores del comerciante quebrado don Lorenzo de Fonseca habian sido reintegrados con grande asombro suyo, por su hija Margarita.  
Hasta créditos dudosos fueron pagados como si hubieran sido indudables.  
Margarita se quedó pobre.  
¿Pero qué importaba?  
¿No era yo rico en demasia?  
¡Oh! ¡si hubiera podido comprar su vida!

CCXXX.

Una hermosa noche de las últimas del verano, tan encantadoras bajo el cielo de los trópicos, encontré á Margarita en un precioso terrado que correspondia á su gabinete cubierto de macetas de flores.

La luna iluminaba de lleno el semblante de Margarita, dando á su belleza un efecto fuertemente fantástico.

Me acerqué á ella con miedo, como me acercaba siempre desde que la enfermedad se habia agravado.  
Estaba dormida.

Pero con ese ligerísimo sueño de los tísicos. Soñaba sin duda, porque sonreía.  
Y su sueño debia ser muy grato, porque su sonrisa reflejaba una felicidad completa, gozada dentro del alma.

No hice el mas leve ruido: hasta contuve mi aliento. Sin embargo mi proximidad la despertó.

Como habia sonreido dormida, seguia sonriendo despierta.

— Andrés, me dijo tendiéndome la enflaquecida mano, en otro tiempo tan mórbida y tan bella: soy feliz.

— ¿Completamente feliz, Margarita? la pregunté.

— Sí, amigo mio, completamente feliz: Dios me ha perdonado.

— ¡Oh! exclamé al ver el giro que tomaba la conversacion.

Desde nuestra llegada á la Habana, Margarita no me habia hablado ni una sola vez acerca de sus recuerdos ni de nada que tuviese relacion con ellos.

Me causó un terror incomprensible aquella frase: Dios me ha perdonado.

— Sí; continuó Margarita: he dormido, y por la primera vez despues de mucho tiempo, mi sueño ha sido grato, dulce: un sueño de gloria.

— ¡Ah! ¡me alegro!

— Tengo que revelar á Vd. un secreto, Andrés, continuó sonriéndome siempre con dulzura, con amor.

El secreto debia ser muy inocente, cuando de aquella manera me anunciaba su revelacion Margarita.

Y á pesar de esto sentia un terror vago.

— He recibido una alta, una altísima visita, Andrés. Empecé á comprender.

— ¡Ah! exclamé: ¿esa visita!...

— Era necesario, Andrés, era necesario: esto se acaba.

— ¡Oh! ¡no! ¡imposible, no puede ser, la dije con los ojos arrasados en lágrimas!

— Yo no podia ir á la casa de Dios, y Dios ha venido á mi casa.

— Pero, Margarita: eso habrá sido el cumplimiento de un deber religioso...

— ¡Oh! sí, de un deber imprescindible, porque toda criatura que va... á pasar de entre los vivos, debe preparar su viático.

— Pero los médicos...

— En enfermedades como la mia, el mejor médico es uno mismo, Andrés: en enfermedades como la mia la muerte puede sobrevenir cuando se la creia distante aun: yo he temido que la muerte me sorprenda y me he adelantado á ella.

— Pero su enfermedad de Vd...

— Es mortal, mortal de una manera irremisible.

— ¡Pero Vd. cree!

— La tisis no perdona:

— ¡Bah! exclamé haciendo un heroico esfuerzo para sostener mi serenidad aparente, cuando tenia el alma helada de terror, y soltando una carcajada: ningun tísico cree en la tisis: el que se cree afectado por ella, está perfectamente libre de esa terrible enfermedad.

— Vulgaridades caritativas, Andrés: nuestro espejo que nos presenta nuestro semblante demacrado, pálido; nuestros ojos tristes y lúcidos: nuestro pecho que se esfuerza en vano por absorber el aire que le falta; nuestro estómago, nuestra debilidad, nuestra señolienta languidez, nuestro pulso débil é irregular... ¡ah!

no: la tisis se os deja ver con una franqueza aterradora: sentís que vuestra vida se os escapa lentamente, sin que lo sintais casi; la muerte nos trata con amor; se acerca á nosotros silenciosa, dulce, vestida de blanco: no os atormenta, no os amenaza con una agonía dolorosa: sois una luz que se extingue insensiblemente, que empalidece, y sigue empalideciendo hasta que se apaga: yo he sentido los primeros pasos de la muerte hácia mi...

— Por Dios, Margarita: esta conversacion...

— Me consuela, Andrés: estoy resignada, estoy tranquila, soy feliz: tenia la conciencia ennegrecida...

— ¡Usted!

— Sí: la sangre me ha rodeado por todas partes, y el vapor de la sangre ennegrece el alma: necesitaba purificarla, y la he purificado por medio del martirio y de la caridad: si: he aceptado el martirio para mí, he sentido y he practicado una ardiente caridad para Vd.

— No comprendo...

— Estoy hablando levantada ya sobre la tierra, desde el otro lado de la tumba.

— ¡Margarita!

— Sí: puedo decirlo todo, porque mi alma por la misericordia de Dios está completamente purificada, porque ha sido perdonada: amo á Vd. mas que le he amado nunca, porque le amo con el amor de los cielos; y cuando muera, mi espíritu acompañará siempre á Vd., le infundirá resignacion, fuerza: le protegerá, procurará su felicidad.

— Yo no puedo ser feliz sin Vd.

— ¡Oh! ¡sí! ya lo verá Vd.: yo tambien he sentido

ese amor ardiente, impuro, terrible: yo... cuando fui libre, necesité de toda mi reflexion, de toda mi fortaleza, para no buscar en el amor de Vd. lo que entonces creia era la suprema felicidad: y sin embargo, habia ya sentido los primeros pasos de la tisis que se apoderaba de mí, y quise prepararme violentándome, martirizándome: quise que cuando yo conociese su dolor de Vd. fuese mas dulce, por mas espiritual: á una amante pura se la pierde con mas resignacion que á una esposa.

— ¡Ah! ¡yo la seguiré á Vd... si eso sucede!... Y me estremecia.

La voz de Margarita era á cada momento mas débil y mas dulce.

Su fuerza de fascinacion, su prestigio fantástico crecian.

De tiempo en tiempo su mirada enlanguidecia, se apagaba, y volvía á brillar calenturienta, ardiente.

Yo veia luchar en aquella mirada á la vida con la muerte.

Esto me horrorizaba, me atormentaba de una manera inexplicable, pero no me sorprendia: hacia mucho tiempo que esperaba yo aquel momento terrible.

CCXXXI.

— Andrés, me dijo Margarita: es necesario que sea Vd. muy valiente: es necesario que Vd. viva.

— ¿Y para qué?...

— Usted no se pertenece: existe un ser que sufre, que sufre demasiado... que necesita de una proteccion generosa... ¡Ines!

— ¡Ah!

— Sí: su marido... Luis... la hará muy desgraciada... sea Vd. su hermano... esa es mi última voluntad... cúmplala Vd.

Yo no pude responder: las lágrimas me ahogaban. Margarita estaba mas débil á cada momento.

— Esta tarde, Andrés... tuve una inspiracion... creí llegado el momento de mi partida: hice llamar al párroco y le abrí mi alma: el buen sacerdote me ha absuelto: luego sin pompa, secretamente, ha traído la Eucaristía: la he recibido aquí mismo de rodillas, en el momento en que salía la luna: he quedado despues sola y me he dormido: pues bien, Andrés: mi sueño ha sido dulce, un sueño de gloria: los tristes recuerdos que antes llenaban mis sueños de seres sombríos, han huido de mi último sueño... y he visto... he visto á Vd. asido de la mano de mi hermana, de mi buena Ines, que sonreia, que era feliz: y Vd. sonreia tambien, tambien Vd. era feliz: ¡oh! ha sido un hermoso sueño, y al despertar he encontrado á Vd. contemplándome con amor: sí, Dios me ha perdonado y puedo morir en paz.

— ¿Quién sabe? exclamé procurando en vano arrancarla á sus pensamientos de muerte.

— ¿Porqué esforzarme en consolarme cuando soy dichosa, Andrés? me dijo.

Y con la mano que tenia entre mis manos me llevó débilmente hácia sí.

Una fascinacion inconcebible me arrastraba hácia ella.

Nuestros semblantes se acercaban.

Mi aliento vigoroso se mezclaba á su débil aliento.

Sentia yo en mi frente la emanacion febril de la suya.

— ¡Oh! Andrés, Andrés mio, exclamó Margarita: mi alma te ama.

Y sonó un beso.

Un beso supremo.

Mis labios que oprimian sus labios ardientes se separaron con horror: aquellos labios se habian puesto frios.

La miré y sentí que mi corazon se desgarraba.

Habia muerto.

Su último aliento se habia exhalado en aquel primer beso de amor.

FIN DE LA DAMA DE NOCHE.

EPILOGO.

I.

Pasó mucho tiempo.

Mucho tiempo durante el cual no tuve conciencia de mí mismo.

Mucho tiempo durante el cual estuve, segun me han dicho, encerrado en una habitacion rodeado de médicos y enfermeros.

Porque estuve loco.

Recuerdo que un dia desperté como de un largo sueño.

Estaba en un lecho y me sentia muy débil.

En cada brazo tenia una sangria.

Un hombre vestido de negro, calvo, grave, me contemplaba profundamente.

— Don Andrés, me dijo, buenos días: ¿qué tal?

Yo miré con suma insistencia á aquel hombre y no le contestaba.

No le conocia.

— ¿Ha dormido Vd. bien? añadió aquel hombre.

— Yo no conozco á Vd., le dije.

— Soy médico, me contestó.

— ¿Es decir, que estoy enfermo? pregunté.

— Sí: un accidente agudo: pero me han llamado, he



venido, he hecho á Vd. dos largas evacuaciones de sangre y ha dormido Vd. perfectamente.

— Pero he soñado muy mal.  
— Efecto de la perturbacion orgánica causada por el accidente.  
— He creído estar en la Habana, y sin embargo este es mi dormitorio de Madrid.  
— Precisamente.  
— ¿Y Antonio?  
— Su ayuda de cámara de Vd. ¿no es verdad? va á entrar al momento.

Y llamó.  
Entró otro de mis criados.  
— ¿Qué no está Antonio? pregunté.  
— Antonio ha salido, me dijo Julian.  
— Quiero verle.  
Poco tiempo despues entró Antonio y le reconocí.  
Lo que queria decir que me habia salvado, que habia dejado de estar loco.

II.

Durante muchos dias se me trató con la mayor prudencia: no se me decia una palabra que pudiera recordarme la causa de mi locura.

Y mi razon se iba rehaciendo: iba recobrando lentamente, pero de una manera segura, la fijeza de mis recuerdos.

Sin embargo, me encontraba en un estado de profunda tranquilidad.

III.

Un dia oí pregonar á los ciegos un nuevo nombramiento de ministerio, y quise leer aquel papel.

Mandé á Antonio que le comprase.  
Antonio no pudo prever el efecto que debia causar en mí aquel papel y me le llevó.

Al ver la fecha me estremecí.  
Desde la fecha de mi último recuerdo, de la muerte de Margarita, hasta la fecha de aquella Gaceta extraordinaria habian pasado dos años.

— ¿Qué es esto? dije á Antonio: estamos á 30 de noviembre de 18..... ¿dónde están pues dos años de mi vida?

— Debe ser una errata, señor, me dijo Antonio, hoy estamos á...

— Tráeme al momento los números de hoy de tres ó cuatro periódicos.

— Pero, señor...  
— Tráemelos, ó voy yo por ellos.  
— El médico, señor.  
— Bien, bueno: llama al médico.

IV.

El médico llevo dos horas despues: dos horas durante las cuales mis recuerdos acabaron de fijarse.

Yo hasta entonces habia recordado la muerte de Margarita, pero sin localizarla.

Entonces recordé que Margarita habia muerto en la Habana.

No recordaba cómo ni cuándo habia yo vuelto de la Habana.

Cuando tuve delante de mí al médico, le obligué á una explicacion rotunda.

— Ya no hay peligro en ello, me dijo: está Vd. en el pleno ejercicio de su razon, y puede Vd. saberlo todo.

— ¿Cómo! ¿he estado loco!

— Sí, señor, dos años, por efecto de una fuerte congestion cerebral: en la Habana no daba Vd. esperanzas de curacion, y los médicos de allá opinaron que debia sujetársele á Vd. á la influencia de la atmósfera natal: el doctor Salcedo y yo hemos tenido la fortuna...

— ¿Cómo! mi buen amigo Salcedo...

— Sí, sí, señor, ha partido conmigo el tratamiento de la enfermedad de Vd.: cuando cedió, Salcedo, por no ser causa de recuerdos demasiado vivos para Vd., dejó de presentarse. Pero todo peligro ha desaparecido, puede Vd. volver á su género de vida acostumbrado. ¿Y el recuerdo de doña Margarita?

Y el médico al hacerme esta pregunta me miraba profundamente.

— Dulce, amigo mio, íntimo, doloroso si se quiere, pero con un dolor tranquilo, que sufrí con resignacion: estoy seguro de que la muerte ha sido para ella una felicidad.

— Salvado, completamente salvado, me dijo el médico estrechándome la mano con alegría: la pregunta que acabo de hacer á Vd. era mi prueba decisiva: está Vd. dado de alta, puede Vd. pagar las visitas de sus amigos: pueden ver á Vd. todos los que vengán á visitarle: ha sido un largo y penoso sueño: han sido dos años perdidos y nada mas.

El médico estuvo hablando conmigo algun tiempo y despues salió.

V.

— Antonio, dije á mi ayuda de cámara: el médico te habrá ordenado que no me ocultes nada.

— Sí, señor, y yo y todos nos hemos alegrado mucho, porque esa orden demuestra que está Vd. completamente bueno.

— Pues bien, yo debí recibir algunas cartas de la Habana.

— Sí, señor, dos: con intervalo de seis semanas.

— ¿Y dónde están?  
— En el secreter del señor.  
— Dámelas.  
Antonio sacó las cartas del secreter y me las entregó. La primera que abrí era de Luis. En ella se me quejaba amargamente del desden, del desprecio de Ines, se me mostraba desesperado, y me participaba la resolucion de separarse sin escándalo de ella: pensaba pasar á América, y me pedía que le tuviese preparada habitacion. La otra carta era de Ines. Ines habia sabido la muerte de su hermana por el periódico oficial que llamaba á sus herederos: Ines se quejaba triste y melancólica de mí, y me suplicaba que la escribiese.

VI.

Estas dos cartas me llenaron de tristeza.  
— ¿Quién ha venido á informarse de mi salud? pregunté á Antonio.

— Los primeros dias ha venido mucha gente: al mes, mucha menos, al mes y medio nadie.

— ¿Nadie!

— Nadie de lo que puede llamarse gente; por lo demás, doña Ines de Fonseca, el padre Morales, su familia y los facultativos han venido todos los dias.

— ¿Es decir, que ayer vinieron tambien?

— Sí, señor; pero teniamos orden...

— ¿Quién ha venido hoy?

— El doctor Salcedo y el padre Morales con su hermana y su sobrina.

— ¿Y doña Ines?

— Doña Ines acostumbra á venir á la caida de la tarde.

— Y... ¿vendrá?... dije con una conmocion extraordinaria.

— Sí, sí, señor, no ha dejado de venir un solo dia.

— ¡Oh! pues quiero ahorrarla hoy su visita. ¿Dónde vive?

— En la calle del Barquillo.

— ¿Cómo! ¿no vive en la quinta?

— No, no señor: desde que...

— ¿Desde qué?...

— Nada, señor: desde hace seis meses.

— Vísteme y que pongan un carruaje: porque creo que se habrán mantenido mis carruajes.

— Sí, sí, señor.

VII.

Media hora despues entraba casa de Ines y me hacia anunciar.

Ella misma salió á mi encuentro.

— ¡Oh! ¿qué es esto? exclamó entre alegre y cuidadosa: ¿qué imprudencia! ¿una rebeldía sin duda!

— No, Ines, no: una autorizacion en regla: me he apresurado á venir á pagar á Vd. en cuanto he podido las visitas diarias de un año.

Ines me habia llevado á su gabinete y nos habiamos sentado.

Ines me miraba con una alegría, con una ternura, con un placer inmensos.

— ¡Oh! ¡gracias á Dios! dijo.

— Sí, sí, ya no estoy loco: pero ¿qué luto es ese, Ines?

Ines me miró de una manera incomprensible, y poniéndose vivamente encendida me contestó:

— ¡Soy libre!

— ¡Libre!

— Sí, Luis ha muerto en una descabellada expedicion á las Californias.

— Y... ¿cuándo ha muerto Luis?

— Si hubiera Vd. venido mañana no hubiera Vd. visto mi luto: hoy cumple el año.

Desde aquel momento mi trato con Ines se hizo embarazoso.

Seis meses despues... ya lo habeis adivinado... Ines era mi mujer.

Se realizaba la union profética de Margarita.

.....

¡Margarita!

Conservo de ella un recuerdo triste, como el de un sueño de dolor.

Yo habia creído en mis delirios.

Yo habia soñado para llenar mi corazon en una mujer hermosa en el cuerpo y en el alma, con una hermosura excepcional, deslumbradora: habia deseado la pureza inmaculada, el amor virgen, la consagracion del cuerpo y del alma de una mujer semejante á un ángel para mí solo: habia creído encontrar á este ser maravilloso en Margarita: al ver á Margarita marchando hácia la tumba, habia creído que yo la seguiria en un breve plazo.

Creia que no podria volver á amar.

Y sin embargo amaba, amaba á Ines, la amo... no puedo explicaros cómo... como jamás he amado: soy feliz como no creia que pudiese ser feliz sobre la tierra.

Ines habia amado á otro hombre: habia sido seducida por él: un hijo de aquel hombre creia hermoso á mi lado como testimonio del primer amor de Ines: y sin embargo, me parecia, me parece que Ines ha nacido para mí solo.

Y es verdad: porque la criatura es el alma, y el alma de Ines estaba virgen cuando me amó: sus amores con Luis habian sido una equivocacion.

Ines es bella, magníficamente bella, dotada de un atractivo irresistible; pero no es hermosa; no tiene la

pureza de contorno que deslumbraba en el semblante de Margarita: y sin embargo, Ines me parece el ideal de la belleza.

Y es que la amo... no sé porqué.  
En cuanto á ella, algun tiempo despues de nuestro casamiento, me contó toda la historia de su corazon durante tres años en estas solas palabras:

— Te amo, desde que te ví por la primera vez en la Cuesta de la Vega.

Habiamos siempre de Margarita, ella sin celos: yo sin dolor.

En cuanto á mí, no he querido que muera conmigo el terrible sueño de la vida que acabais de leer, y arrojando sobre el papel mis recuerdos y la última amargura de mi corazon, he escrito esa historia.

No os olvideis, amigos míos, de LA DAMA DE NOCHE.  
Madrid 10 de diciembre de 1859.

Drusos y maronitas.

(Conclusion.)

Por otra parte, Bechir personificaba completamente á sus tribus anfibus. Nació musulman, adoptó la religion de los drusos, y por fin, se hizo católico; en su palacio habia construido una capilla junto á una mezquita, y cada treinta dias asistia sin faltar jamás á las ceremonias paganas que se celebraban debajo del árbol verde; y así como tres ciudades se disputan el nacimiento de Homero, los turcos, los drusos y los maronitas reivindican la religion de Bechir, quien probablemente no creyó en ninguna. Pero aquí no acaban todavía las infinitas calamidades que han continuamente oprimido á los malhadados hijos de Maron: una prueba mas terrible les estaba reservada: en 1832 Mehemet Alí, bajá de Egipto y amigo del emir Bechir, habiendo levantado el estandarte de la rebelion contra el sultan, envió á su hijo Ibrahim para conquistar la Siria, que le fué cedida despues de la victoria de Koneh por el tratado de Kutaya.

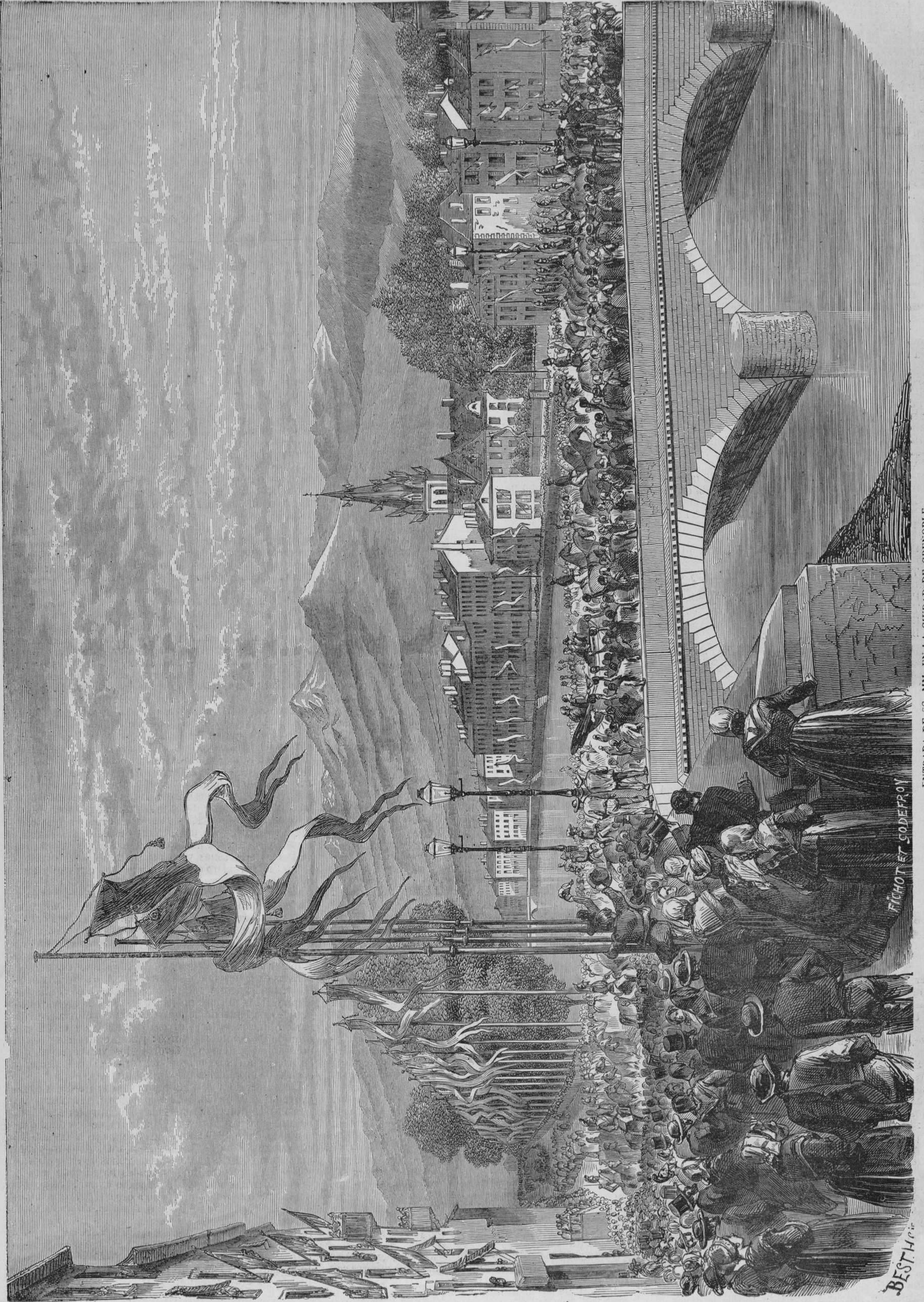
Entonces Ibrahim, para establecer con mas facilidad su horrible sistema de monopolios, desarmó completamente á los maronitas y les obligó á pagar un tributo catorce veces mayor de lo que pagaban al gobierno turco. Durante algunos años los maronitas sufrieron la tiranía mas atroz, aguardando la hora de la venganza. Entre tanto una insurreccion habia estallado entre los fellahs y los beduinos de Hauran en 1830, y para apoyarla Ibrahim marchó contra ellos y envió 16,000 fusiles al emir Bechir para distribuirlos entre los maronitas, á quienes prodigó mil promesas así que necesitó de ellos. Chabil, el héroe de Hauran, fué derrotado; pero los maronitas, ¿qué premio ó ventajas sacaron de su victoria? Ser tratados peor que los beduinos!... ¡Quedábanles sin embargo los fusiles de Ibrahim!...

Nadie se forma en Europa una idea aproximada de las medidas administrativas que empleó el virey de Egipto para desolar á este pobre pais: impuso un derecho de 50 piastras (45 rs. vn.) sobre cada árbol frutal, la riqueza principal del Líbano; poco despues cortó los bosques para servicio de la artillería, y aumentó el tributo de los árboles. Para arrancar dinero puso en juego los medios mas duros: uno de los recursos de la administracion oriental para recaudar la renta de los insolventes ó morosos, es obligarles á recibir y mantener á sus espensas á un inquilino forzoso, que se establece en la casa del insolvente con plenos poderes para vejar en las personas y cosas á sus huéspedes involuntarios: nadie dejará de comprender la iniquidad y tiranía de esta medida, que para vergüenza de la moderna Grecia, se veia sancionada en sus presupuestos hasta en los últimos años; los inquilinos que el virey nombraba para el Líbano, eran generalmente fanáticos, del carácter mas despreciable é infame; y su presencia era tan aborrecida, que unos maronitas llegaron al extremo de vender sus hijos para librarse de aquella calamidad, y matar á sus hijas para evitarles la deshonra.

Estas exigencias no pesaban solamente sobre los libanitas: los francos y religiosos europeos tenian que someterse á las mismas arbitrariedades; á la menor queja se les imponia doble tributo. Por eso el recuerdo de la dominacion egipcia es tan detestado en el Líbano como lo es el gobierno turco: ¡miente, miente pues la prensa que declama en favor de los vireyes! ¡Miente en hacer paralelos entre el deplorable estado actual y el siglo de oro de Mehemet-Ali ó Ibrahim!

Los egipcios en el Líbano han sido tan crueles como los venecianos en Morea; no se puede dirigir hasta esta fecha una imprecacion mas terrible contra un enemigo, en ambos paises, que votarle á la ira de los unos ó de los otros. Vino 1840; en el mes de mayo Mehemet-Alí circuló un firman entre los habitantes de la montaña exigiendo el anticipo de « los derechos de siete años, » y los diez y seis mil fusiles que les habia dado para la guerra del Hauran. ¡Era demasiado exigir! Las gentes del Líbano contestaron un « no » espartano, reprochando al virey sus injusticias, su mala fe, su ingratitud. Olvidaron un momento sus discordias interiores; su idea dominante era librarse de la tiranía egipcia; reivindicar sus derechos naturales y políticos; constituirse otra vez en la nacion autonoma, y movidos por estas nobles aspiraciones, juraron sobre el ara de la patria drusos y maronitas, que no depondrian las armas mientras viviera uno solo de sus enemigos; pero el astuto Bechir supo fomentar la discordia entre ambas razas;





ENTRADA DE SS. MM. EN LA CIUDAD DE GRENOBLE.

FICHOT ET GODDEPPOY

BESTHE





LLEGADA DE SS. MM. A LA PREFECTURA DE GRENoble.



EL CORTEJO IMPERIAL PASANDO DESPUES DEL TE DEUM POR DELANTE DEL PALACIO DE JUSTICIA EN GRENoble.



SALIDA DE SS. MM. DE GRENoble.



y los drusos, perjurando sus promesas, hicieron traición a los maronitas. ¿Cuál no debió ser la consternación de estos al aproximarse el renegado Soliman-bajá (coronel Selves, francés), gobernador de San Juan de Acre, que al mando de una armada egipcia penetró en el Líbano, pasando a cuchillo todos los cristianos, incendiando sus casas y destruyendo sus posesiones y haberes! Entonces solamente intervino la Europa: los ayes de los maronitas habían franqueado las distancias y superado los bramidos del Mediterráneo: una flota inglesa, austriaca y turca se presentó en las aguas de la Siria: los maronitas que se habían ocultado entre sus peñas inaccesibles, bajaron con armas y derrotaron las fuerzas de Mehemet-Alí, que no volvió a soñar en acometer el Líbano. Pero la Inglaterra, que había contribuido moralmente a asegurar la victoria a los descendientes de Maron, no juzgó político reintegrarles en su independencia: en oposición a la Francia, la Inglaterra se había constituido en salvadora del imperio otomano, que se iba desmembrando, ora con la insurrección helénica, ora con la revolución de Egipto: los pobres maronitas, ni protegidos por los franceses como los griegos, ni ricos como los egipcios para armarse y pagar su autonomía, tuvieron la misma suerte que las víctimas de Parga, vendidas a la Puerta después de haber sacudido su yugo con derramar la flor de su sangre: el Líbano fué cedido a la Turquía entre las execraciones de aquel pueblo sacrificado; y con el antiguo gobierno principiaron las opresiones antiguas, con otras nuevas y más horrendas calamidades.

Entonces el emir Bechir quiso negociar con el sultán; pero un firman imperial lo había separado de su cargo y despojado de sus títulos y atribuciones, quedando relevado en el principado de la montaña por el emir El-Kasim, y el 11 de octubre de 1840 (¡memorable día!) el ex-tirano Bechir abandonó el Líbano con su familia, y llevó a la isla de Malta por el almirante inglés, acabó sus días en Broussa. Así quedó vengada la sangre inocente de los emires Hosen y Said-el Din, hijos de Yusuf, antecesor de Bechir, a quienes sacó los ojos en 1807, y de Jorge Baz, preceptor de los príncipes, que hizo decapitar el mismo año.

La administración de El-Kasim no fué menos cruel que la de su antecesor; fué en cambio más alevosa. Para complacer al sultán, el emir, en 1841, armó los drusos contra los maronitas, y con pretexto de restablecer el orden, Liva-bey (Omer bajá) saqueó a su vez la montaña. La Francia entonces, constituida en protectora de los pueblos oprimidos, interpuso la autoridad de su voz en favor de los cristianos: Guizot, el ministro de Luis Felipe, reclamó con sus admirables documentos diplomáticos el cumplimiento de los tratados y la reforma de la administración: el meticuloso diván accedió aparentemente, cejando en su política infame para alucinar a los ojos y engañar a las naciones de Europa. El-Kasim fué destituido, y dividióse entonces la indivisa administración de los drusos y maronitas. ¡Admiremos aquí la mala fe del diván!

Si la administración *proindiviso* entre drusos y maronitas; si el contacto violento de estos dos elementos heterogéneos y contrarios, doblados bajo el imperio de la fuerza mayor, debía necesariamente engendrar los horrores que nos pasman a cada página de la historia del Líbano; y si víctimas continuas de este estado anárquico é insupportable debían necesariamente ser los maronitas cristianos, aborrecidos por los drusos y por los turcos, al reclamar la Francia una administración separada, creyó a justo título remediar los males de los cristianos del Líbano. Efectivamente; la Puerta, con nombrar a dos caimacanes, el uno druso y el otro maronita, con funciones de lugartenientes del sultán, relevando sola y directamente de él, é independiente el uno del otro, pareció secundar los deseos de la Francia; pero comprendiendo el diván que el origen del mal no se hallaba tanto en el fondo de la administración como en el violento contacto de las dos razas (causa que pronto ó tarde debía producir los efectos que se trataban de evitar), en la división de los límites administrativos del caimacan maronita comprendió todos los griegos cismáticos, los metualis y la mayor parte de los drusos; sujetando, por el contrario, a la jurisdicción del emir druso la mayor parte de los maronitas. Las previsiones de la Turquía no tardaron en cumplirse: en 1845 la guerra civil estalló entre los maronitas y drusos, que constantemente derrotados pidieron y obtuvieron de sus adversarios un tratado de paz, comentado y consolidado por circunstancias especiales hasta fines de 1859, y roto a traición en el año corriente de 1860, á ciencia y paciencia de las autoridades otomanas. Esta es, en compendio, la historia de los drusos y maronitas: de ella se destacan claramente, sin necesidad de comentarios, las causas principales del encono político, religioso, etnográfico que existe entre las dos razas, y las razones de la simpatía que los turcos dispensan a los drusos.

### Revista de Paris.

Tenemos que presentar un héroe á nuestros lectores, y para darle á conocer debidamente nos vemos en la precisión de retroceder diez ó doce años. Augusto, tal es su nombre, acababa de salir entonces del colegio: era bachiller, había ganado un premio de honor, y conocía á fondo todas las novelas más celebradas en aquel tiempo.

Como había brillado en la clase de retórica, y como poseía

una imaginación algo fecunda, no quiso entrar en una carrera sólida, y para cortar todas las objeciones de su familia, compuso un drama muy romántico (la palabra se usaba todavía) y una novela cuya primera parte debía formar diez volúmenes.

La familia, cuya fortuna era muy escasa, en vez de protestar nuevamente entró en las miras de Augusto, y descubrió en lontananza una buena fortuna.

Si aquel año un empresario cualquiera hubiese recibido y representado el drama del colegio, ó un editor le hubiese comprado el colosal manuscrito de su novela, el teatro, el editor y Augusto se hubiesen enriquecido á la vez y como por encanto.

Pero los teatros tienen cerradas las puertas para los ingenios desconocidos, los editores son terribles cuando se trata de dar á conocer á un hombre, y de aquí resultó que el joven bachiller perdió lastimosamente su tinta, su papel y su tiempo.

Augusto era perseverante, y así fué que en lugar de perder ánimo, volvió á tomar la pluma con una energía febril y probó todos los géneros; por desgracia la segunda tentativa tuvo tan mal éxito como la primera.

Imaginándose al cabo de algunos años que no tenía suficiente talento para abrirse un camino, y que debía presentar cosas nuevas para despertar el interés de los editores y de las empresas periodísticas, resolvió pasar á Alemania con la idea de buscar allí un género especial de literatura francesa. Bajo este concepto, reunió sus últimos recursos y se puso en camino.

Su familia profundamente desengañada, prosiguió ocupándose de sus faenas campestres.

Augusto no fué lejos. Aun no había pasado la frontera cuando encontró á un joven inglés, un buen compañero de viaje con quien se convino para visitar la docta y poética Alemania.

¡Vanos proyectos! el inglés cayó enfermo de gravedad, y fué preciso detenerse en Estrasburgo.

Debemos decir, que Augusto ni siquiera pensó en que podía pasar adelante y abandonar allí á su compañero de dos días; muy al contrario, permaneció caritativamente á la cabecera de su cama y le cuidó como un hermano.

El inglés no era más rico que su nuevo amigo, si bien es verdad que tenía la esperanza de encontrar en Baden á un tío anciano y muy rico que le había sacado ya y muy generosamente de grandes apuros.

Los recursos de los dos viajeros llegaron á su fin en pocos días, y el enfermo no llevaba trazas de mejorarse.

Augusto vendió su reloj de oro y su cadena, dió un abrazo á su compañero y se dirigió á Baden en busca del tío para noticiarle lo que ocurría.

El tío se hallaba allí en efecto pasando la temporada de verano; pero se echó á reír en las barbas de Augusto, diciéndole que su sobrino debía encontrarse entonces en Italia.

Sin embargo, tuvo la grandeza de alma de no mandarle prender como á un estafador.

Las réplicas de nuestro poeta fueron vanas. No llevaba una carta del enfermo y hubo de volverse como había ido, con los bolsillos ligeros.

El enfermo no estaba mejor, y su enfermedad duró tres meses, cuidándole siempre Augusto con un celo y una solicitud á toda prueba.

Al principio del invierno los dos amigos se separaron, el uno para ir á terminar su convalecencia en Londres, y el otro para volverse á su pueblo natal.

El infeliz Augusto no se llevaba de su viaje ninguna obra de éxito seguro; pero había hecho una buena acción, y Dios en recompensa le quitó la afición á escribir dramas y novelas.

Cesó pues de escribir, pero no por eso dejó de pensar en la literatura. De todos modos se entregó con sus padres y hermanos á las duras tareas agrícolas que les daban la subsistencia.

Durante los tres ó cuatro años que siguieron escribió vanamente á Inglaterra repetidas veces para tener noticias de su amigo; pero la distancia, la muerte ó el olvido habían helado el corazón ó la mano del enfermo de Estrasburgo.

Mucho trabajo le costaba familiarizarse con la idea de que podía haberle olvidado el joven inglés; pero al cabo y al fin no tuvo más remedio que resignarse.

Augusto se casó, llevó á su joven esposa á una pequeña granja, y se propuso desterrar hasta de su mente toda idea literaria, todo lo que no fuera relativo á la agricultura.

\* Sin embargo, le perseguía la mala suerte; en dos años se arruinó, porque perdió sus cosechas y parte de su ganado, y ya se hallaba á las puertas de la miseria, cuando quiso Dios darle una fortuna inesperada.

Un día vió entrar en su domicilio á un hombre de facha inglesa que se informó de su nombre y apellido, mientras le recordaba cierto viaje literario que se quedó interrumpido en Estrasburgo.

— ¿Sabe Vd. en qué ha venido á parar mi pobre amigo? dígamelo Vd., exclamó Augusto.

— El pobre joven llegó á ser amo de casa y de grandes haciendas sin poder recobrar la salud...

— ¿Sigue enfermo?

— Ha muerto, dejando un testamento que vengo á entregar á Vd.

— ¡Pobre amigo mio! ¿Le hablaba á Vd. de mí?...

— Muchas veces.

— ¡Ah! ¿con que se acordaba?...

— Todos los días... pero lea Vd.

Augusto heredaba medio millón de francos.

Tal es el desenlace. Augusto ha venido á Paris olvidando el campo y sus penosas labores, como antes había olvidado la literatura.

En Paris como en todas partes hay hombres supersticiosos. En varias ocasiones hemos presentado ejemplos en apoyo de esta verdad, y el que hoy vamos á señalar es notable entre todos.

A fines del invierno de 1858, dos amigos comieron alegremente en una de las fondas de lujo del boulevard de los Italianos.

Ambos eran oriundos de la baja Normandía, país que en esto de supersticiones no tiene nada que envidiar al pueblo más atrasado del mundo; allí se cree todavía, sobre todo en las poblaciones campestres, en los hechizos, en las apariciones y en las brujas.

Nuestros dos amigos, aunque acostumbrados á la vida de Paris, no habían perdido del todo las impresiones que dejaron en su infancia los cuentos fantásticos que oyeron contar por las noches al amor de la lumbre.

Ambos tenían el presentimiento de un destino fatal, y á pesar de las bromas con que ellos mismos trataban de encubrir sus convicciones sobre las cosas sobrenaturales, era fácil adivinar, que si se jactaban de despreocupados era por vanidad, y sobre todo por imitación.

Estaban comiendo juntos al cabo de mucho tiempo que no se habían visto, y aquella reunión debida á la casualidad les había hecho recordar muchas cosas de su vida pasada.

Criados juntos y queriéndose como se quiere á veinte y cinco años á un amigo de infancia, olvidaban la comida para contarse los lances y las peripecias de su buena y su mala fortuna.

A los postres se hallaban en el capítulo de sus aventuras de infancia, lo que les condujo naturalmente á hablar de los espíritus. Tuvieron una larga discusión sobre este punto, discusión en que poseídos de la misma fe, cada cual trataba sin embargo, de engañar un poco al otro con respecto á sus sentimientos íntimos.

— Antonio, dijo uno de los dos amigos, joven robusto de hermosas formas, intrépido y arrojado como el que más; hace un año que no nos hemos visto ¿no es verdad?

— Es cierto, Carlos, respondió el otro.

— Pues esto no debe repetirse; óyeme con atención, amigo mio.

Y haciendo una pausa prosiguió con aire melancólico:

— Has de saber que tengo el presentimiento de que he de morir pronto...

— ¿Pierdes el juicio?

— No, le tengo hace tiempo ya, y sin duda por eso en estos últimos meses no he cesado de pensar en tí; sentía una imperiosa necesidad de estrecharte la mano antes de ir á ver lo que hay de cierto en el mundo de los espíritus.

— Vaya, cambiemos de conversación...

— No tal; quiero una cosa.

— ¿Cuál es?

— Ya que estamos aquí reunidos, quiero que nos hagamos un juramento.

— Lo que tú desees.

— Jurémosnos que no pasaremos un año sin escribirnos «sucedá lo que quiera» Tú me enviarás tus cartas á casa de mi padre que sabe siempre en dónde me encuentro.

— En hora buena, mi querido Carlos, dijo Antonio sonriendo, te hago ese juramento con el mayor gusto. Tú me escribirás siempre á Paris á casa de mi hermana.

Y le dió las señas.

En seguida su conversacion tomó el giro ordinario de todas las conversaciones entre amigos que han dejado de verse hace tiempo.

Se separaron á las once de la noche; y esto sucedía el 19 de febrero.

Dos días después Carlos salía para Argel donde le llamaban asuntos de su comercio; y en la mañana siguiente, Antonio, que no pensaba por cierto en una muerte próxima, fué hallado colgado de un árbol en el bosque de Boulogne, sin que hasta ahora se haya sabido cómo ni por qué.

Volvió el mes de febrero del otro año, y Carlos se volvió de la Argelia, donde había terminado sus asuntos á su satisfacción, siempre con su fatal presentimiento, pero disfrutando de la más envidiable salud.

Sin embargo, las distracciones del viaje y principalmente los cuidados que exigían sus negocios, le hicieron olvidar de todo punto la especie de pacto que había concluido con Antonio, cuya muerte ignoraba.

El 19 de febrero de 1859, á las once de la noche, Carlos estaba sentado al borde de su lecho, pensando en que acababa de llegar á Paris y que tendría que ponerse en camino nuevamente dentro de pocos días para continuar sus operaciones comerciales.

El cuarto de la fonda en que se había hospedado solo estaba alumbrado por la escasa claridad de una vela.

La noche estaba serena y despejada; era una de esas hermosas noches de diciembre frías y luminosas, en que el firmamento se halla sembrado de clarísimas estrellas.

De repente la puerta se abre con estrépito, como impelida por una ráfaga, la luz se apaga, y Carlos que levanta la cabeza con asombro, distingue en la sombra dos ojos fijos y ardientes que proyectan sobre él como una llama magnética; sobre su brazo siente una mano fría, y al mismo tiempo una voz conocida y querida, la voz de Antonio, murmura suavemente en su oído:

— ¿Con que me has olvidado, Carlos?

Un año después día por día, el 19 de febrero de 1860, Carlos, aquel joven robusto cuya salud envidiaban todos, moría de una fiebre que hacia doce meses estaba padeciendo. Uno de sus amigos que le asistió en su penosa y larga enfermedad casi sin separarse de su lecho, es quien ha contado los pormenores que acabamos de referir, después de haberlos oído cien y cien veces al desgraciado Carlos, que los repetía constantemente en su delirio.



## Un azar

## DEL REY CHICO DE GRANADA.

(Conclusion.)

Corrió resuelto, despechado y fiero  
En su deseo mísero, impaciente;  
Llegó á Lucena que asaltó altanero  
Con Muss-Abil-Gazan furioso, ardiente,  
Con Hamet el intrépido guerrero  
Que siempre se mostró bravo, furente,  
Y desplegó toda su rabia y saña  
Para dar noble cima á la campaña.

Mas halló tan osada resistencia  
En sus aperecidos defensores,  
Que toda su arrogancia y experiencia  
No los logró venerar, ni sus rigores:  
Redobló sus esfuerzos con demencia,  
Mas ya se oían tétricos clamores  
Entre aquellos airados combatientes  
Que tímidos lidiaban é impacientes.

Las firmes cebratanas colocadas  
Entre troncos fuertísimos y unidos,  
Con ballestas y dardos combinadas,  
Lanzaban con vibrantes estampidos  
La destruccion y muerte concertadas,  
Redoblando sus impetus erguidos  
Contra el menguado y débil africano,  
Que al fin cedió en su deseo vano.

Retrocedió Boabdil, y su emir Mussa  
Se vió tambien acometido y roto;  
Y Hamet Abencerraje, ya en confusa  
Revuelta derrotado, no halló coto,  
Y vió amenguar su muchedumbre ilusa,  
Perdido ya el remedio ó muy remoto;  
Siguió el fuerte Aguilar la arremetida,  
Y el árabe emprendió su rauda huida.

Los cristianos gozosos y arrogantes  
Desplegaban al viento sus pendones  
Con ecos de victoria altisonantes;  
Con armoniosas, plácidas canciones  
Celebraban su triunfo, y los brillantes  
Hechos que engrandecían sus acciones,  
Y que humillaban la arrogancia insana  
De la insensata turba mauritana.

El ardor de los bravos campeones  
Se entibió con la gloria; aquel ardiente  
Combatir por altivas impresiones  
Que arrebatan el ánimo influente:  
Y hasta el heróico esfuerzo con sus dones  
Se anubló cual se nubla el sol luciente;  
Mas el conde de Cabra sin sosiego  
Volvió á encender el ya apagado fuego.

«Compañeros (clamó firme, ardoroso):  
No se duerma en el triunfo, en la victoria,  
El varon esforzado y animoso  
Cuando pisa la senda de la gloria:  
Ese contrario, ese enemigo odioso  
Que hemos vencido en nuestra fiel concordia,  
Abrumado del peso de su suerte  
Se encuentra confundido, yerto, inerte.

» Al romper de la aurora, en ordenanza  
Unidos, animosos y esforzados,  
Debemos atacarlos lanza á lanza,  
Pues se hallan abatidos y asombrados:  
En mísera, engañosa confianza  
Al reposo se encuentran entregados,  
Y á ese imbécil caudillo obligaremos  
Y á Lucena rendido le traeremos.

» Nuestra experta y veloz caballería  
A la primera luz, fiera, cruenta,  
Deberá acometer con energía  
A esa aturdida multitud, que ostenta  
Esfuerzo que no tiene, y bizarría  
Con que en vano su orgullo se alimenta.  
Corramos pues: al campo, á la victoria:  
A completar el triunfo, honor y gloria.»

Y al aclararse el cielo, el bravo Argote  
Con doscientos jinetes escogidos,  
Acometió á los moros á gran trote  
Y los halló revueltos y aturdidos:  
De su esforzada lanza un duro bote  
Hirió al furioso Hamet, y confundidos,  
Deshechos y dispersos los llevaba  
Y en todas partes el terror sembraba.

El esforzado alcaide de Lucena  
El rebato siguió con mil flecheros,

Y al descubrir en la floresta amena  
Los alarbes deshechos y rastreros  
Rehusando combatir, y por la arena  
Los restos de estandartes altaneros,  
Los arrojó á un estero que salvaron  
Y entre aquellos tarajes se ocultaron.

No atendieron al rey, que diligente  
En el mayor peligro se encontraba;  
Con su ejemplo ayndaba aquella gente  
Que su triste derrota ocasionaba:  
Resistió el fiero choque, audaz, potente,  
Del contrario que intrépido avanzaba;  
Mas viéndose en el trance abandonado  
Se entregó á su afflictivo é infausto estado.

Inquieto, solo, y su arrogante overo  
Inerte, yerto, exánime, aterido,  
Cercano ya á su trance postrimero  
Empezaba á ceder mustio y transido;  
Descabalgóse al punto, y al postrero  
Lance se apereció, mas no rendido,  
Y se engolfó entre el junco y la espadaña  
De un riachuelo que cruza la campaña (1).

Un peon de Lucena celebrado  
En aquel sitio acometió atrevido  
Al monarca infeliz, desventurado,  
Que se halló maltratado y perseguido:  
Con un puñal luciente, acicalado,  
Se defendió resuelto y conmovido:  
Martín Hurtado el Bravo se llamaba,  
Y contra el rey su esfuerzo redoblaba.

Otros dos se reunieron al momento,  
Y unidos ya los tres, Boabdil les dice:  
«No puede resistirse mi ardimiento:  
Llegad; yo soy el rey, harto infelice:  
Vedme rendido, aunque con noble aliento:  
Mi diadema, mi trono aquí deshice:  
Asegurad tan próspera ventura  
Y publicad mi humillacion segura.»

De nuestra infausta y tormentosa vida  
El fiel de la balanza, siempre ignala  
De la dicha ó desgracia la medida;  
Tipo, que en todo trance nos señala,  
Pues á la suerte próspera y querida  
Turba el mal que la suerte luego instala,  
Y así se vió caer de su alto asiento  
A un rey que fué del pueblo monumento.

En su imaginacion se presentaba  
Aquel esfuerzo relevante y vivo  
Que al granadino solio le elevaba,  
Y aquel impulso ardiente y decisivo  
Que todas sus acciones arreglaba  
Con su entusiasmo poderoso altivo;  
Y para mas acibarar su suerte  
Aquel azar su pensamiento invierte.

El Alcaide llegó en aquel momento  
Que de cerca el alcance le seguía,  
Y al ver rendido al rey, con gran contento  
Le prodigó el respeto que debía;  
Lo animó y le endonó contentamiento;  
Y mientras de su mal se reponía,  
Dispuso que á Lucena bien servido  
Lo llevasen sus guardias atendido.

El invicto Fernando cuidadoso  
Supo el fausto suceso y lisonjero,  
Que celebró con ánimo gozoso  
Y regio continente placentero:  
Dispuso que con séquito ostentoso  
Al rey Boabdil rendido y prisionero  
A Córdoba llevasen muy honrado,  
Y á Martín de Alarcón fué encomendado.

Mandó tambien que al relevante emblema,  
Al blason que brillaba ya glorioso  
Y que el conde de Cabra con su lema  
Poseía tan noble y ostentoso,  
La cabeza de un rey con su diadema  
En prisiones, se uniese: y generoso  
Hizo extensivo el don, de los Donceles  
Al noble Alcaide por sus hechos fieles.

Se asentó con Boabdil concordia honrosa  
Que terminó la célebre campaña;  
Que abrió el sendero á la conquista airosa  
Del granadino imperio; y cuya hazaña  
Fijó por siempre la aureola hermosa  
Que resplandece en la invencible España.  
Y el Rey Chico tornó á su solio y leyes  
Tributario y sumiso á nuestros reyes.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

(1) Dicho riachuelo se llama de Garci-Gonzalez. — Histórico.

## Celos de la luna.

Una vez, lo confieso, amada Flora,  
Me vi contentó sin pensar en tí,  
Y aunque mi alma con pasion te adora,  
Tu imágen un instante huyó de mí.

Era una noche del ardiente estío,  
Una noche serena y apacible,  
En que las brisas por el valle umbrío  
Murmuraban con voz imperceptible.

Yo miraba la luna plateada  
Naciendo melancólica en Oriente,  
Inclinar ruborosa, enamorada,  
Ante un bello lucero su alba frente.

Y entre celajes mil su faz hermosa,  
La atmósfera teñir con su luz cándida;  
Reclinarse en las nubes vaporosa,  
Indolente, tranquila, dulce y lánguida.

Reflejarse en las aguas cristalinas,  
Oscilar, esconderse caprichosa,  
Y en los prados, los montes y colinas  
Derramar sus fulgores cariñosa.

Absorto contemplaba sus destellos  
De pálida y modesta transparencia,  
Que entre encajes clarísimos y bellos,  
Me mostraban su calma y su inocencia.

Y en tanto de tu imágen hechicera  
No me acordaba, que benigno el cielo  
Tales encantos me mostró en la esfera,  
Que tu amor olvidé que es mi consuelo.

Y de tus ojos, como el sol ardientes,  
Y del continuo doloroso afán,  
A que fascinadores, inclementes,  
Mi corazón arrastran con su imán.

Me olvidé aquella noche, Flora mía,  
Me olvidé por el disco nacarado  
De aquella luna que luciendo via  
En el fondo de un cielo iluminado.

Al borde de un arroyo trasparente  
Que besaba del prado la verdura,  
Esto contaba Fabio á la inocente  
Que le amaba con fe sencilla y pura.

Miróle con pasion la niña hermosa,  
Y en sus ojos dulcísimos y bellos,  
Lágrima fugitiva y temblorosa  
Vacilante asomó, muriendo en ellos.

Sus labios sonrosados se entreabieron,  
Y con voz afligida y melodiosa,  
Celos á Fabio con dolor le dieron,  
Que Flora de la luna está celosa.

DOLORES DE FEDERICO.

## Viaje del emperador.

De Annecy SS. MM. se trasladaron á Thonon, donde, despues de haber recibido á las autoridades, se dirigieron en uno de los vapores que hacen el servicio del lago hasta Erivan. SS. MM. llegaron á Sallanches donde pernoctaron el 1º de setiembre, y el 2, despues de haber oído misa á las cinco y media de la mañana, salieron para Chamunix. Todo el pais estaba de fiesta, y es indescriptible el entusiasmo con que recibieron á sus soberanos los sencillos habitantes de aquellas montañas. El día 3 era el destinado para la excursion al *mar de Hielo* (véase el artículo especial que damos sobre esta excursion en la pág. 203), y despues de haberlo visitado, así como la escuela de relojería de Cluses, fueron á descansar á Bonneville. El 4 regresaron á Chambéry, y el siguiente día fueron á Grenoble. Al atravesar por el departamento del Isere, donde es tradicional la adhesion á la dinastía napoleónica, SS. MM. han recibido una ovacion no interrumpida.

Hé aquí los párrafos mas importantes de los discursos pronunciados por el alcalde y el obispo de Grenoble:

«La adhesion al nombre inmortal que llevais, dijo el alcalde, era una de las tradiciones de los habitantes de esta vuestra ciudad, antes que las grandes cosas de vuestro reinado le dieran nueva consagracion. ¡Cuántos hechos brillantes habeis realizado ya! Nuestro pais elevado al rango que le pertenece entre las naciones; la autoridad pública fortificada por la cordura y la lealtad; la prontitud en la accion y la moderacion en la fuerza; el pensamiento de paz triunfante de la embriaguez de la victoria; nuestras ciudades transformadas como por encanto; las ciencias, las artes, el comercio y la agricultura impulsados á porfia de una manera no menos activa que ilustrada; las clases laboriosas auxiliadas por una solicitud incansante, y en fin, nuestros intereses religiosos colocados bajo la noble proteccion de



los respetos y de la espada de la Francia; hé ahí, señor, lo que os debemos; hé ahí la era de prosperidad que vuestras gloriosas manos han abierto á esta Francia que os ha confiado su porvenir.»

Monseñor Ginouillac se expresó en estos términos:

« En medio de las amarguras del momento, en presencia de las audacias del espíritu de rebelion y de las barbaries de un fanatismo cada vez mas obcecado, sirvenos de gran consuelo ver que do quiera hay en el mundo una causa justa y santa, allí se alza la bandera de la Francia para sostenerla ó vengarla.

» Vuestras armas, señor, sirven en el extremo Oriente los intereses sagrados de la civilizacion cristiana; protegen en el trono que han restablecido la seguridad tan amenazada del jefe de la Iglesia, y en una tierra ilustrada por los mas grandes recuerdos, vengán ultrajes sin nombre hechos á la religion y á la humanidad. . . .

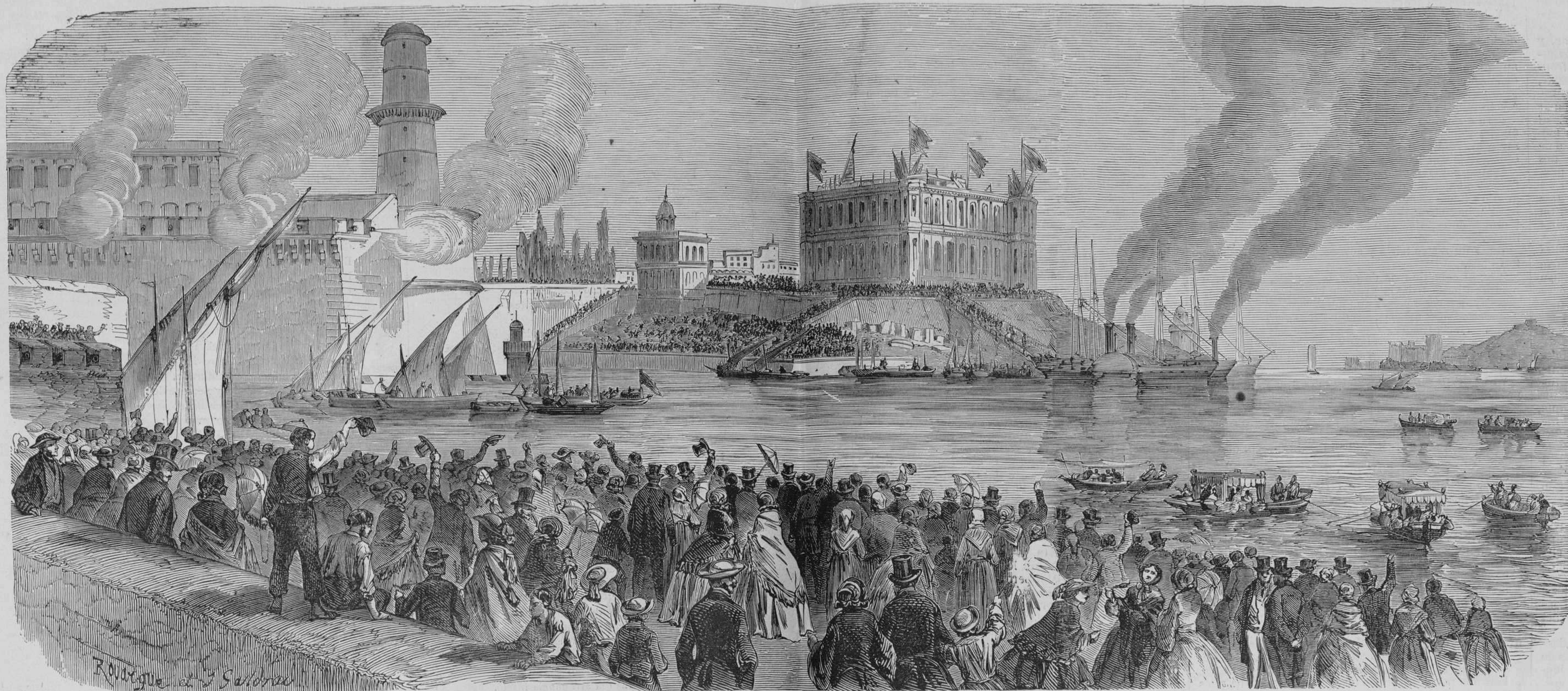
» Continúad, señor, con la firmeza y elevada razon que os caracterizan estas tradiciones católicas y nacionales. La espada de la Francia se halla en vuestras manos; la empuñais gloriosamente, y sea cualquiera el obstáculo que opongan ante V. M. envidiosas susceptibilidades ó las pasiones revolucionarias, lo decimos con confianza, los que venga ó proteja la espada de la Francia se hallan á cubierto de todo temor, y el que ella custodia estará bien custodiado.»

Después de haber visitado el emperador los diversos establecimientos militares y las obras proyectadas, mientras la emperatriz iba á las salas de asilo, montó á caballo para pasar revista en el Polígono á la guardia nacional y los bomberos del departamento, á las diputaciones de los pueblos y las tropas de la guarnicion. Por la noche asistieron al baile dado por la ciudad.

El 7 salieron de Grenoble. En Voiron, Rives y Cote-Saint-André, donde les esperaban todos los obreros y poblaciones de los campos, SS. MM. no pudieron detenerse mas que algunos instantes.

En Valencia, fueron á la prefectura para recibir á las autoridades, y luego atravesaron la ciudad por entre un gentío inmenso que se valua en 70,000 almas.

En Orange pudieron admirar los monu-



VISITA DE SS. MM. AL PALACIO IMPERIAL EN MARSELLA

habitantes les demostraron cuán viva conservaban su gratitud por los consuelos y socorros que el emperador les prestó durante las inundaciones del Ródano.

En Arles asistieron á un espectáculo pintoresco y grandioso á la vez: cuando se presentaron en el Anfiteatro romano, restaurado como por encanto, fueron aclamados por mas de 40,000 espectadores.

A las cuatro y media de la tarde llegó el tren imperial á Marsella. El entusiasmo con que fueron recibidos en esta ciudad es indescriptible. El emperador, conmovido, se levantó reiteradas veces en su coche para saludar y dar las gracias á la poblacion que se apiñaba en toda la carrera. Después de las recepciones que tuvieron lugar en la prefectura, el alcalde ofreció á la emperatriz, en nombre de la ciudad, un magnífico brazalete en el cual está engastado el retrato del príncipe imperial.

El 9 oyeron misa el emperador y la emperatriz en el santuario de Nuestra Señora de la Guarda. A las dos pasó el emperador en la Cannebière revista á las tropas, ó mas bien á toda la poblacion de Marsella; todas las casas estaban llenas de gente y todas las ventanas empavesadas con millares de banderas; las mujeres agitaban sus pañuelos, todo el mundo daba vivas y los muchos buques anclados en el puerto estaban llenos hasta en los mástiles de millares de espectadores. Por la noche, en una de esas fiestas magníficas que dejan en la historia de una ciudad recuerdos imperecederos, mas de cien mil invitados de todas clases fueron al palacio Borely á saludar á sus soberanos.

El 10 el emperador y la emperatriz recorrieron la ciudad. El emperador visitó en compañía del prefecto varios establecimientos industriales, mientras que la emperatriz, acompañada del alcalde, se dirigió á los asilos de beneficencia. Por la tarde fueron á la Ciotat para asistir á la varada del gran buque trasatlántico *l'Imperatrice*; luego examinaron los astilleros y talleres de este vasto establecimiento.

Por la noche tuvo lugar el gran banquete ofrecido por el comercio de Marsella á SS. MM. en el nuevo palacio de la Bolsa. Docietas cincuenta personas, que representaban á las notabilidades comerciales y á las principales autoridades del departa-



RECEPCION DE SS. MM. EN LA PREFECTURA DE MARSELLA.

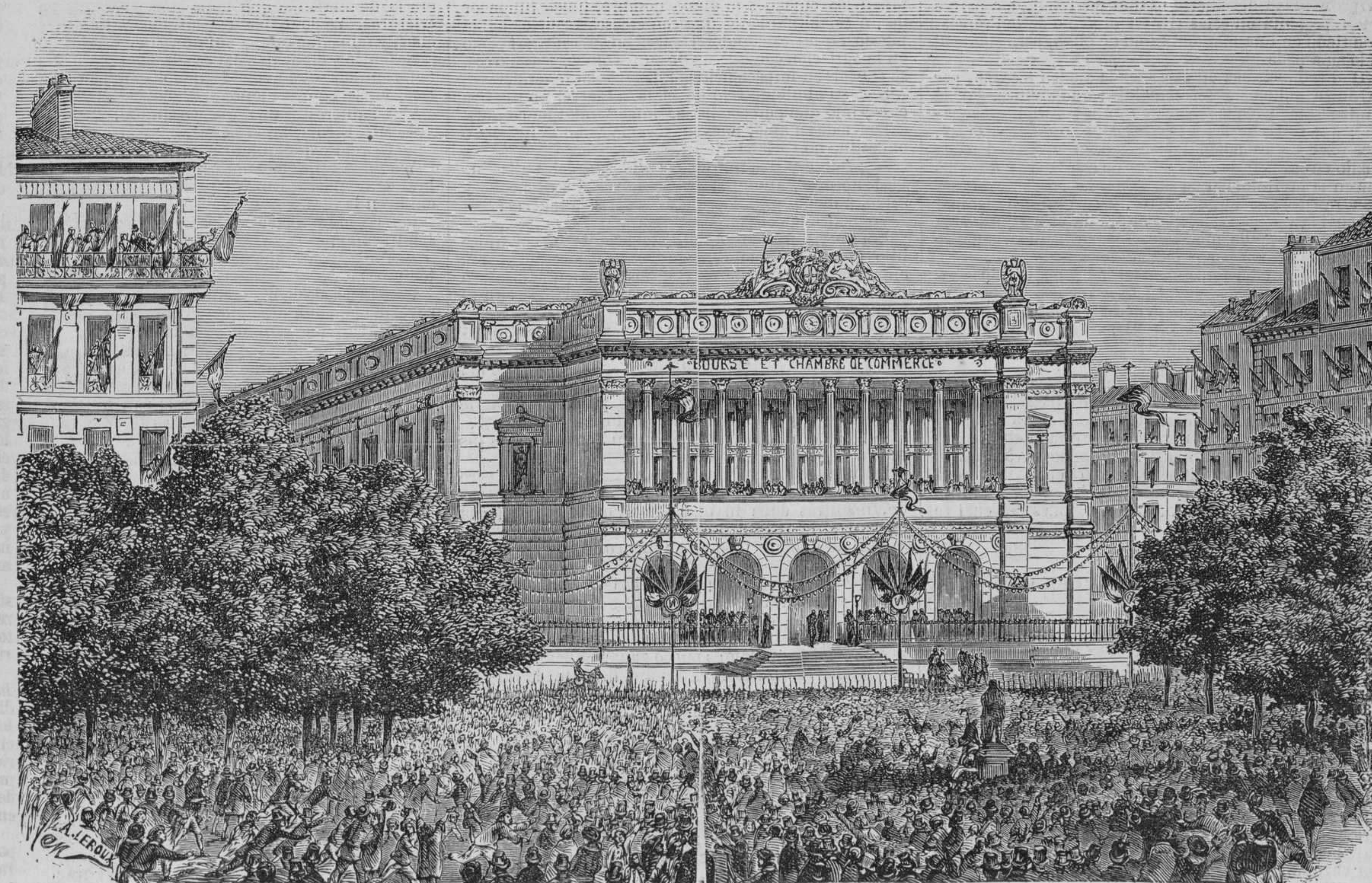
mentos antiguos, orgullo del pais, y á las cinco y media llegaron á Avignon, donde la recepcion fué grandiosa, espléndida y de carácter imponente, cual podia esperarse de la antigua ciudad de los papas.

El emperador y la emperatriz se dirigieron á la catedral, donde les esperaba el arzobispo á la cabeza de su clero. En la alocucion que dirigió á SS. MM., el prelado les suplicó que ordenaran la restauracion de la antigua residencia de los papas, « edificio el mas majestuoso del imperio, donde un siglo entero ha escrito su historia y que es una gloria nacional tanto como arqueológica.»

Parece que esta súplica, que ha sido reiterada por las autoridades civiles, será atendida.

Después del *Te Deum*, SS. MM. se dirigieron á la prefectura, donde recibieron á las autoridades del departamento y á los alcaldes de los pueblos circunvecinos.

El día 8 salieron por la mañana para Tarascon, donde los



INAUGURACION DE LA NUEVA BOLSA DE MARSELLA.



tamento, habían sido convidadas á él. Al fin del banquete, el presidente de la junta de comercio dirigió en nombre de sus colegas un brindis á SS. MM., del cual extractamos los párrafos siguientes:

«Habeis restablecido el orden en Francia, señor, y realzado nuestro prestigio en el exterior por los triunfos de vuestras armas y la extension de nuestras fronteras; pero lo que sobre todo queremos hacer constar, nosotros órganos de un gran puerto, es que habeis sabido envainar la espada que gana batallas para tomar la pluma que firma tratados de paz y de comercio. El programa del 5 de enero será uno de los actos mas memorables de vuestro reinado, es el prelude glorioso de alianzas universales. Allanando las barreras que nos han separado demasiado largo tiempo de los demás pueblos, abriendo el mundo entero á nuestro pabellon y á nuestros cambios, habeis hecho, señor, la mas profunda de las conquistas, y la Francia recogerá sus frutos. En esta nueva via que vuestra prevision acaba de abrir á la industria y al comercio, la actividad marselesa marchará con ardor y confianza. Aquí es donde el Oriente y el Occidente son convidados por la civilizacion á darse la mano, en el Mediterráneo es donde deben realizarse los mayores trabajos de la paz. Marsella no lo perderá de vista, sabrá cumplir su mision y responderá á vuestras esperanzas.»

El emperador respondió al brindis del presidente de la junta de comercio con el siguiente discurso:

«Señores: El banquete ofrecido por la junta de comercio me proporciona la feliz ocasion de dar públicamente las gracias á la ciudad de Marsella por la acogida entusiasta que nos ha hecho á la emperatriz y á mí.

Las demostraciones tan unánimes de adhesion que hemos recibido desde el principio de nuestro viaje me conmueven profundamente pero no pueden enorgullecarme, pues mi único mérito ha sido tener completa fe en la proteccion divina así como en el patriotismo y el buen sentido del pueblo francés.

La union íntima entre el pueblo y el soberano es lo que hace nuestra fuerza en el interior como en el exterior, y lo que nos ha permitido, á pesar de grandes dificultades, no detener jamás nuestra marcha progresiva.

Este deseo del bien, este impulso hácia todo lo que es noble y útil no podria contenerse hoy que las circunstancias son mas favorables y que la tranquilidad es el voto de todo el mundo.

Si algunos murmullos ervidiosos vienen de lejos á herir nuestros oidos, no nos inquietemos por ello, se estrellarán en nuestra indiferencia como las olas del Océano espiran en nuestras costas.

Trabajemos pues con todas nuestras fuerzas en desarrollar los recursos de nuestro pais: los trabajos de la paz tienen á mis ojos coronas tan bellas como laureles.

En el porvenir de prosperidad y de grandeza que anhelo para la Francia, Marsella ocupa naturalmente ancho lugar por su energía y la inteligencia de sus habitantes así como por su posicion geográfica. Situada en la proximidad del puerto militar de Tolon, me parece que representa en estas riberas el genio de la Francia, que tiene en una mano el ramo de olivo, pero siente al lado su espada.

Que reine en paz en este mar la ciudad foceana, por la dulce influencia del comercio: que civilice, por la multiplicacion de las relaciones, á las naciones bárbaras; que estreche los lazos de las naciones civilizadas; que excite á los pueblos de Europa á venir á darse la mano en las márgenes poéticas de este mar y á sepultar en la profundidad de sus aguas las faltas envidiosas de otra edad; en fin, que Marsella se muestre siempre tal cual la veo, es decir, á la altura de los destinos de la Francia, y uno de mis votos mas ardientes se habrá realizado. Brindo por la ciudad de Marsella.»

Las palabras del emperador fueron interrumpidas repetidas veces por los mas ruidosos aplausos de los convidados y saludadas con los gritos de ¡Viva el emperador!

Después del banquete SS. MM. se embarcaron en el yacht imperial *L'Aigle*, que levó anclas á las cinco de la mañana del 11 con direccion á Tolon.

La flotilla imperial entró en la rada á las nueve, y á las diez desembarcaron en la Antigua Dársena, donde encontraron á las primeras autoridades de la ciudad y del departamento. Después de haber estado en la catedral y en la prefectura marítima, donde tuvo lugar la recepcion, fueron á visitar el arsenal, el navio-escuela de artilleros *Montebello* y la fragata blindada la *Gloire*. Por la noche asistieron al baile, después del cual se embarcaron para Niza.

## UNA HISTORIA INGLESA.

### PRIMERA PARTE.

#### I.

— Quitate de delante de M. Fletcher, perezoso, holgazán...

Creo que Sally Watkins (mi antigua criada) iba á llamarle vagabundo, pero se detuvo.

Mi padre y yo nos volvimos extrañando esa reticencia de epítetos poco comun en Sally; pero cuando el muchacho apostrofado así fijó un instante los ojos en nosotros y nos hizo puesto, se desvaneció nuestra sorpresa. Por miserable que fuese su aspecto con sus harapos cubiertos de lodo, el pobre chico no se parecía á un vagabundo.

— No te quedes expuesto á la lluvia, hijo mio, le

dijo mi padre; acércate á la pared, que ya habrá bastante sitio para todos.

Y hablando así, mi padre empujaba mi carricoche por la callejuela. El muchacho me miró con ojos agradecidos, y alargando la mano, le ayudó á empujarme.

Era aquella una mano endurecida por el trabajo, aunque el chico apenas tenia mi edad. ¡Cuánto habria dado yo por ser tan robusto y tan alto!

— ¿M. Phineas no quiere entrar y descansar un rato á la lumbre? preguntó Sally en el umbral de su puerta.

Pero á mí me costaba siempre trabajo moverme y andar, y preferia permanecer en la bocacalle para mirar cómo caía el chaparron; además tambien deseaba observar al muchacho.

Este se habia estado quieto arrimado á la pared sin fijar su atencion en nosotros. Con la vista clavada en la acera (pues ya teniamos una acera en nuestro pueblecillo de Norton-Bury) contemplaba los pequeños remolinos de espuma que formaban al caer las gotas de lluvia.

Tenia un rostro triste y severo para un niño de catorce años.

Hoy, al cabo de mas de cuarenta años, aquel semblante se halla todavía grabado en mi memoria: ojos negros con espesas cejas, una nariz como la mayor parte de las narices sajonas, sin ofrecer nada notable; labios bien acentuados, una barba cuadrada, esa clase de barba que da un carácter determinado á la fisonomía, y sin la cual dejan siempre algo que desear las mas bellas facciones.

Ya he dicho que el muchacho era alto y robusto, y yo, pobre ser raquítico, profesaba una especie de culto por todo lo que era grande y fuerte. En él todo parecia indicar lo que faltaba en mí; sus miembros musculosos, sus hombros anchos y cuadrados, sus megillas, que á pesar de su magrura acusaban la salud, todo, en una palabra, hasta los rizos de su cabello castaño.

Allí estaba formando la figura principal de un cuadro que recuerdo aun como si fuera ayer. Paréceme estar viendo la sucia y estrecha callejuela á cuya extremidad se distinguia el campo, las puertas de las casas abiertas, de donde salia el zumbido monótono de los telares de medias; oigo aun la charla de los muchachos metiéndose en el arroyo y haciendo navegar en él una flota de mondaduras de patatas. Enfrente, en la calle principal, veo la casa del alcalde con su pórtico, y mas allá, justamente en el sitio en que comenzaban á disiparse las nubes y por encima de las copas de los árboles, la torre cuadrada de nuestra antigua abadía, el orgullo y la gloria de Norton-Bury. Un rayo de luz que atravesó las nubes la alumbró de repente.

El muchacho alzó vivamente su cabeza seria y triste.

— Pronto se acabará la lluvia, le dije.

Pero no pareció que me oia. ¿En qué pensaba pues aquel pobre niño á quien pocas personas habrian reconocido la facultad de pensar?

No creo que mi padre mirase por segunda vez al chico que le habia dado lástima. A decir verdad, no le faltaban los cuidados al digno hombre, único fundador de un establecimiento que con escasos recursos habia puesto en un estado floreciente. En su cara, así como en la agitacion con que metia su baston en los charcos, se conocia su impaciencia por llegar á su tenería.

Sacó su abultado reloj de plata, el terror de nuestra casa; reló que parecia haber tomado alguna cosa del carácter de su amo, pues inexorable como la justicia ó el destino no variaba nunca.

— ¡Veinte y tres minutos perdidos, gracias á la lluvia! Phineas, hijo mio, ¿cómo llevarte á casa sano y salvo, á menos que no quieras venir á la tenería?

Yo meneé la cabeza.

Era muy duro para Abel Fletcher el tener por único hijo una criatura enfermiza y raquítica como yo era entonces á la edad de diez y seis años; una criatura tan inútil para él como el niño que acaba de venir al mundo.

— Bien, bien, exclamó; voy á ver si encuentro alguno que pueda ir contigo á casa.

Mi padre no me permitia nunca ir solo, aunque me habia mandado hacer un cochecito en el cual, gracias á una ligera ayuda, podia guiarme yo y acompañarle á veces en sus paseos entre nuestra casa y la tenería.

— Sally, gritó, ¿querrá ganar un penny uno de tus muchachos?

Sally no se encontraba ya al alcance de la voz; pero á estas palabras vi que el muchacho se ponía encarnado, mientras daba involuntariamente un paso hácia adelante.

Aun no habia notado yo su magrura y su aire necesitado.

— ¡Padre mio!... dije en voz baja.

Pero aquí el muchacho armándose de valor, exclamó, quitándose su sombrero abollado y mirando á mi padre de frente:

— Yo busco trabajo; ¿puedo ganar el penny?

Hablaba un buen inglés, muy distinto de nuestro grosero dialecto del condado de G...

Mi padre le examinó con atencion.

— ¿Cómo te llamas?

— John Halifax.

— ¿De dónde has venido?

— Del condado de Cornouailles.

— ¿No tienes padres?

— No.

Yo habria deseado que mi padre no le interrogara de ese modo; pero él tenia sin duda sus motivos para hacerlo, y sus motivos rara vez eran malos, aunque solian parecerlo.

— ¿Cuántos años tienes, John Halifax?

— Catorce años.

— ¿Estás acostumbrado á trabajar?

— Sí, señor.

— ¿Qué clase de trabajo?

— Todo lo que encuentro.

Yo oia con agitacion este interrogatorio.

— ¡Bien! dijo mi padre al cabo de un instante de silencio; te llevarás á mi hijo á casa, y te daré una moneda de cuatro pence. Pero ¿nos podemos fiar de tí?

Y mirándole con aquellos ojos que eran el terror de los bribones de Norton-Bury, Abel Fletcher hacia resonar el dinero en los bolsillos de su ancho chaleco de tela oscura.

— Responde: ¿nos podemos fiar de tí?

John Halifax sin responder desvió los ojos; conoció que habia llegado el momento crítico, y manteniéndose firme en su valor, alcanzó la victoria en silencio.

— ¿En qué quedamos? ¿te daré los cuatro pence ahora mismo?

— No, señor; antes tengo que ganarlos.

Sacando entonces su mano, mi padre deslizo el dinero en la mia y nos dejó.

Yo le seguí con los ojos, viendo cómo marchaba con paso resuelto sin cuidarse del lodo ni de los charcos.

Con su comfortable casa de cuátero, sus medias rayadas, sus botines de cuero y su sombrero de alas anchas sobre su cabello cano y no sin cierta dignidad en su persona, Abel Fletcher parecia justamente lo que era: un comerciante honrado y próspero. Yo miraba á aquel buen padre que quizá me inspiraba mas respeto que ternura.

Tambien John Halifax le miraba.

Seguia lloviendo y permanecimos bajo nuestro abrigo. John se apoyaba siempre en el mismo punto sin tratar de entablar conversacion.

Sin embargo, notando que el aire me hacia tiritar, me envolvió cuidadosamente con mi capa.

— No parecéis muy fuerte, me dijo.

— No, respondí.

Se puso á mirar delante de sí. Enfrente se elevaba como he dicho ya, la casa del alcalde con su gran peristilo, su pórtico y sus catorce ventanas. Una de estas ventanas estaba abierta, y por ella asomaba un grupo de cabezas menudas. Eran los hijos del alcalde; yo les conocia á todos de vista, pero á esto se limitaban nuestras relaciones, pues su padre era un hombre de ley y el mio era un curtidor: ellos pertenecian á la iglesia ortodoxa, y nosotros á la sociedad de los Amigos.

Nos observaban con mucha atencion; nuestra posicion parecia divertirles mucho, y sin duda les hacia encontrar la suya mas agradable. En cuanto á mí poco me importaba; pero yo me preguntaba lo que debia experimentar el pobre John errante en este mundo y desheredado de todo bien á la vista de aquel cuarto del que se escapaban voces infantinas y el ruido de una comida alegre.

En aquel instante otra cabeza asomó á la ventana, era la de una niña que tenia mas edad que las otras criaturas. Yo la habia encontrado varias veces con ellas, y sabia que estaba allí de visita.

Nos miró y desapareció. Poco después se abrió la puerta de entrada; era evidente que disputaban en el interior, y hasta oimos algunas palabras.

— Yo quiero; os digo que yo quiero.

— Miss Ursula, no lo hareis.

— Os repito que quiero hacerlo.

Y aquí la niña, forzando el paso, apareció en el umbral de la puerta con un pan en una mano y un cuchillo en la otra.

Por fin logró cortar un pedazo, y presentándosele á John le dijo:

— Toma, pobre muchacho; creo que tienes hambre, toma pronto.

Pero la criada la hizo entrar por fuerza, y la puerta se cerró oyéndose un agudo grito.

Este grito hizo estremecer á John Halifax; miró á la ventana de los niños que cerraron al punto, y ya no oimos nada. Un minuto después atravesó la calle y recogió el pedazo de pan.

Ahora bien, en aquel tiempo el pan de trigo era una cosa preciosa. El pobre pueblo rara vez lo comia, y se alimentaba con el pan de centeno ó de harina mala.

John Halifax quizá no habia probado el pan de trigo hacia meses, y así es que miraba aquel pedazo con avaricia.

Sin embargo, se volvió hácia la puerta cerrada, y pareció cambiar de resolucion. Pasó un rato antes de morderle, y cuando lo hizo fué con lentitud y con una mirada muy seria.

En cuanto la lluvia hubo cesado, tomamos el camino de la casa dirigiéndonos por la calle Mayor hácia Abbeys-Church.

John guiaba en silencio mi carricoche; yo habria querido que hablase para admirar su agradable acento de Cornouailles.

— ¿Qué fuerza tienes! le dije yo suspirando cuando gracias á una buena maniobra me hubo salvado del peligro de que me tropezara el jóven M. Brithwood, de Mythe-House, que galopaba sin cuidarse de nadie.

— Toda la necesito, me respondió.

— ¿Y para qué?

— Para ganar mi vida.

Y diciendo esto, se enderezó y comenzó á marchar con paso mas seguro, como si hubiese comprendido que tenia que explorar él solo el vasto mundo.

— ¿Qué has hecho hasta hoy? le pregunté.

— Todo lo que se ha presentado.



— ¿No tienes oficio?

— Nunca aprendí ninguno.

— ¿Y querías aprender?

Vaciló un momento como si hubiera pesado sus palabras.

— Una vez, dijo, tuve deseos de ser lo que mi padre.

— ¿Y qué era?

— Un sabio y un gentleman.

Esta respuesta que no me esperaba yo, no me sorprendió mucho. Mi padre, aunque curtido y celoso de su dignidad de fabricante, tenía la sensatez de reconocer las ventajas de un buen nacimiento. Puesto que las leyes de la naturaleza admiten que con pocas excepciones las cualidades de los antepasados pueden transmitirse a la casta, se debe sacar en consecuencia que aun con probabilidades iguales el hijo de un gentleman se hará gentleman mas bien que el hijo de un artesano. Abel Fletcher no olvidó jamás, á pesar de que su padre fuera un artesano, que nuestro origen era excelente, y que quiso darme á mí, su hijo único, el nombre de uno de nuestros antepasados Phineas Fletcher, el autor de la *Isla de púrpura*.

Parecíame pues muy natural el pensar que un muchacho como John, cuyo lenguaje revelaba una educación superior á su condicion aparente, perteneciese á la clase elevada mas bien que á la plebea; y no dudaba que mi padre pensaria lo mismo.

— En ese caso, repuse, ¿no querias aprender un oficio?

— Sí por cierto; ¿qué me importaria al cabo y al fin? Mi padre era gentleman.

— ¿Y tu madre?

A esta pregunta se volvió de repente con las megillas como la grana y los labios trémulos.

— Ha muerto. No me gusta que los extraños hablen de ella.

Yo le pedí que me disimulara. Era evidente que la habia querido y llorado, pero que por la fuerza de las circunstancias la sensibilidad espontánea del adolescente habia hecho lugar á la firmeza del hombre que teme revelar ó descubrir lo que ha amado ó llorado.

Al cabo de una pausa me atreví á decirle que yo habria querido que nosotros no fuésemos extraños.

— ¿De veras? ¿Lo queriais?

Y la sonrisa de sorpresa y de gratitud que me dirigió me llegó al alma.

— ¿Has andado mucho por estas tierras?

— Mucho en los últimos tres años. Me he ocupado como he podido echando mano aquí y acullá, ora á la cosecha del lúpulo y de las patatas, ora á la del trigo; pero este verano he tenido el tifus y no he podido trabajar.

— ¿Y qué has hecho entonces?

— Me he quedado tendido en una granja hasta restablecerme. Ahora estoy ya bueno, no tengais cuidado.

— Cuidado, no por cierto; ni se me ha ocurrido.

Pronto desechamos toda reserva John guió mi carricoche con todas las atenciones de una bondad natural. Habiamos salido de la población, y seguimos el paseo de la abadía sombreado por árboles frondosos. De repente se detuvo para recoger una hoja grande de castaño que tenia la forma de un abanico.

— ¡Qué hermosa hoja! ¿no es verdad? dijo poniéndola en mi mano; pero nos demuestra que ha llegado el otoño.

— ¿Y cómo vivirás este invierno cuando ya no encuentres trabajo en los campos?

— No lo sé.

Su fisonomía se alteró; la expresion de miseria y de fatiga que se habia disipado mientras me hablaba, apareció de nuevo mas honda que nunca.

Yo me eché en cará aquel momento de olvido; me habia dejado arrastrar por el encanto de su conversacion.

— ¡Ah! exclamé cuando hubimos salido de la sombra de los árboles de la abadía y atravesado la calle; ya estamos en casa.

Habiamos llegado al pié del gran peristilo adornado con una maciza balaustrada que conducia á la hermosa vivienda de mi padre.

El pobre huérfano echó una ojeada y me dijo:

— ¿Esta es vuestra casa? Entonces, buenos dias, ó mejor dicho, adios.

Me estremecí; este adios me causó una afliccion suma.

La figura de aquel niño habia venido á atravesar mi débil existencia como un repentino rayo de sol, como un reflejo de la alegre adolescencia, de la fuerza que á mí me faltaba y me faltaria eternamente. Al separarnos me pareció que caia de nuevo en la oscuridad.

— No nos despedamos aun, le dije haciendo esfuerzos para salir de mi carricoche y subir los escalones del peristilo.

John Halifax acudió en mi ayuda.

— ¿Me permitis que os lleve en brazos? exclamó; yo puedo... y luego nos divertiremos.

Trataba de tomarlo á broma temiendo herir mi susceptibilidad; pero el sonido de su voz era tan tierno como el de una mujer, mas tierno á la verdad que el de las mujeres que yo habia oido hasta entonces.

Pasé pues mis brazos en torno de su cuello; él me levantó suavemente, y me dejó delante de la puerta: luego repitiendo su adios, se disponia á marcharse.

Yo no pude resistir á mis sentimientos; no sé lo que le dije, pero mis palabras le hicieron volver á mi lado.

— ¿Puedo hacer algo mas por vos?

— Sí, os necesito, no os vayais todavía. ¡Ah! mi padre llega.

John Halifax se apartó y se llevó respetuosamente la mano á su sombrero cuando el anciano pasó por delante de él.

— ¿Ya estás aquí? ¿Has tenido cuidado de mi hijo? ¿Te ha dado los cuatro pence?

Ni él ni yo habiamos pensado en el dinero.

Mi padre se echó á reír; llamó á John un buen muchacho, y se registró el bolsillo para sacar alguna otra moneda. Yo me aventuré á murmurar alguna cosa en su oido, pero no recibí contestacion. Durante este tiempo el muchacho se alejaba por tercera vez.

— Espera... he olvidado tu nombre... Aquí tienes tus cuatro pence y además un chelin... porque has sido bueno con mi hijo.

— Muchas gracias; pero no deseo que me paguen por haber sido bueno.

Tomó la moneda de cuatro pence y devolvió el chelin á mi padre.

— ¡Hum! dijo el anciano sorprendido; eres un mozo singular; pero ahora no tengo tiempo de hablar contigo. Vamos á comer, Phineas.

Y despues, como herido de un pensamiento súbito, añadió volviéndose hácia John:

— ¿Tienes hambre?

— ¡Hambre! sí... ¡tengo hambre!

Y como la naturaleza recobrará por fin sus derechos, gruesas lágrimas asomaron á los ojos del pobre chico.

— ¡Misericordia! entra pues y comerás; pero antes (y mi inexorable padre le ponía la mano en el hombro) quiero saber si eres honrado, si tus padres lo eran tambien.

— Sí, respondió el muchacho casi con indignacion.

— ¿Trabajas para ganar tu vida?

— Sí, cuantas veces puedo hallar trabajo.

— ¿Nunca has estado en la cárcel?

— Nunca, exclamó John incomodado. No necesito vuestra comida, caballero. La habria aceptado, porque vuestro hijo me lo ha pedido, porque ha sido bueno para mí, y porque á él le he cobrado afecto. Pero ahora, veo que mejor será que marche. Pasadlo bien.

Yo le tomé la mano y no quise soltarle.

— Vamos, muchachos, adentro y basta de palabras, dijo secamente mi padre.

Y yo, llevando á John de la mano, le hice entrar en nuestra vivienda.

## II.

La comida estaba pronta. Comiamos en el gran salon entarimado de madera de encina, donde las hileras de sillas altas de respaldo parecia que se miraban las unas á las otras á una distancia igual. Una mesa, un aparador y un reló completaban el amueblado de este aposento.

Yo no me atreví á llamar al pobre muchacho al dominio especial de mi padre; pero en cuanto este se volvió á la teneria, mandé á decirle que viniera.

Jael le trajo; Jael, la única mujer que se acercara á nuestras personas, y cuyo sexo no justificaban su suavidad y su ternura, si no es cuando estaba muy enferma.

Evidentemente habia borrasca en la cocina.

— Phineas, el muchacho que ha comido, dijo Jael, pienso que no le tendreis mucho tiempo en vuestra compañía; no quiero que os canseis con ese mendigo.

¡Ese mendigo! Esta idea me pareció tan burlesca, que no pude menos de sonreirme al mirarle. John se habia lavado la cara y se habia peinado los rizos de su hermoso cabello; sus vestidos rapados hasta el último extremo no se hallaban sucios, y su cutis moreno tenia una frescura que probaba que le gustaba el aseo, cosa á que tienen horror todos los pobres. En suma, ahora que sus facciones no estaban alteradas ya por las torturas del hambre, se podia decir que el muchacho no era feo. ¡Un mendigo! Yo pensaba que él no lo habia oido, pero me engañaba.

— Señora, dijo inclinándose con una sorpresa de buen humor, casi podria decir con un airecillo de malicia; os equivocais, yo nunca he mendigado. Soy una persona independiente: mi propiedad consiste en mi cabeza y en estos dos brazos, lo que basta, segun creo, para realizar un dia un buen capital.

Yo me eché á reír, y Jael se retiró enfadada.

John Halifax se acercó á mi sillón, y cambiando de tono me preguntó cómo estaba, y si no podria hacer algo por mí antes de marcharse.

— No te marches, al menos antes que mi padre vuelva á casa.

Yo tenia en la cabeza muchos proyectos que todos iban á parar al mismo fin, que era el de conservar á mi lado á aquel jóven cuya compañía y cuidados me parecian á mí, pobre ser sin hermana, sin hermano y sin amigo, la única cosa que pudiese dar algun interés á mi triste existencia, ó por lo menos que me la hiciera arrastrar con menos pena y fastidio.

Decir que á mí me movian la conmiseracion ó la caridad, seria mentir: era el egoismo puro y simplemente, si puede llamarse egoismo ese instinto simpático que nos inclina á adherirnos sin examen á lo que nos parece bueno y fuerte. Este creo yo que es el secreto de todos los afectos espontáneos que mas que de la razon proceden del instinto. Yo no trataré de definir el mio; lo que sé es que desde el primer dia que vi á John Halifax le cobré afecto.

La formalidad con que yo insistia por hacerle quedar, pareció enternecer al pobre muchacho.

— Gracias, exclamó apoyándose en la chimenea y

pasándose una mano por los ojos; muy bueno sois; ya que lo deseais me quedaré otro rato.

— Pues bien, ven á sentarte aquí y hablaremos.

No recuerdo hoy todos los detalles de aquella conversacion; sé únicamente que versó sobre los asuntos que mas agradan á los niños, como son viajes y aventuras.

John era enteramente extraño al único mundo en que habia vivido yo... el mundo de los libros.

— ¿Sabeis leer? me preguntó de repente.

— Creo que sí.

Y no pude menos de sonreirme, pues me envanecia de mi erudicion.

— ¿Y escribir?

— Seguramente.

Reflexionó un instante y luego dijo en voz baja:

— Pues yo no sé, escribir, e ignoro cuándo podré aprender. ¿Queriais escribir una cosa para mí en un libro?

— Con mucho gusto.

Sacó de su bolsillo un pequeño estuche de cuero, en el cual habia una segunda cubierta de seda conteniendo un libro. Le tomó en la mano de manera que yo pude ver las páginas: era un Nuevo Testamento en griego.

— Mirad, dijo mostrándome la primera página blanca en la que leí:

«Este libro pertenece á Guy Halifax... Guy Halifax, gentleman, casado con Muriel Joyce, el 17 de mayo de 1779.»

» John Halifax, su hijo, nació el 18 de junio de 1780.»

Y mas abajo una mano de mujer habia escrito:

«Guy Halifax murió el 4 de enero de 1781.»

— ¿Qué debo escribir, John? le pregunté al cabo de un momento de silencio.

— Voy á deciroslo; ¿os traigo una pluma?

Apoyó su mano izquierda en mi hombro, pero su derecha no soltó el precioso volumen.

— Escribid. — «Muriel Halifax murió el 1º de enero de 1791.»

— ¿Eso es todo?

— Sí.

Miró un instante lo que yo acababa de escribir, secó cuidadosamente las letras á la lumbre, volvió á meter el libro en sus dos cubiertas, y le guardó en su bolsillo sin decir mas que esto:

— Muchas gracias.

Por mi parte no le hice ninguna pregunta.

Eso es todo lo que supe acerca de la parentela del jóven, y no creo que él tampoco supiera mas.

La crónica de su familia databa solo de su venida al mundo; ningun antecedente novelesco, origen desconocido, árbol genealógico que comenzaba y concluia con su nombre: John Halifax.

Jael entraba y salia con diversos pretextos examinándonos con ojos recelosos, sobre todo cuando me oia reír, hecho raro y notable, pues la alegría no era cosa comun en nuestra casa. Es verdad que la tristeza me era natural; pero aquel chico, á pesar de su mala suerte, poseia un fondo de energia, de buen humor y de originalidad, que obraba sobre mí como una dulce influencia. Me comunicaba algo que me faltaba, algo que me era hasta entonces enteramente desconocido.

Yo no podia mirar el animado movimiento de sus ojos, los graciosos pliegues de su boca y la fina sonrisa que brillaba en su semblante sin sentir que mi corazón se regocijaba y se consolaba. Parecíame que volvía á la luz despues de haber estado encerrado mucho tiempo en un cuarto tenbroso.

Pero todo esto no entraba en el modo de ver de Jael.

— Phineas, dijo plantándose delante de mí al otro extremo de la mesa, hoy hace buen tiempo y deberias salir.

— Ya he salido; gracias, Jael.

Y John y yo continuamos conversando.

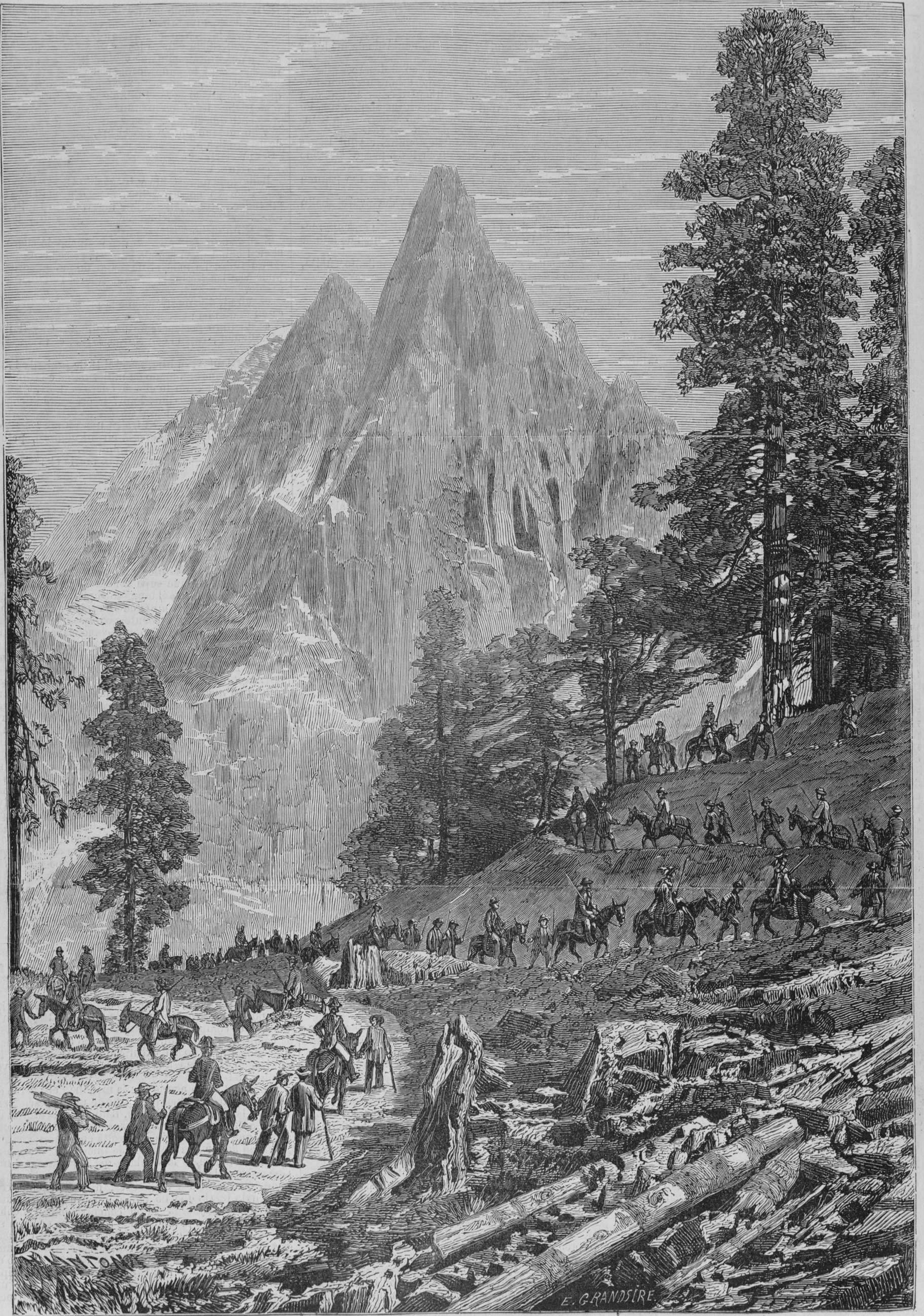
(Se continuará.)

## Excursion de SS. MM. el emperador y la emperatriz al mar de Hielo.

M. Augusto Marc, uno de los autores de los dibujos que publicamos sobre el viaje de SS. MM., tuvo el honor de ser comprendido entre las personas extrañas á la comitiva imperial que acompañaron al emperador y á la emperatriz en su excursion al mar de Hielo. Hé aquí cómo describe esa ascension de mas de mil novecientos metros.

Salimos el 31 de agosto por la mañana del pueblo de Anncey, y atravesamos por medio de una poblacion entusiasta las aldeas de la Roche, Bonne y Boege antes de llegar á Thonon, donde la muchedumbre era tan compacta, que los coches de la escolta emplearon hora y media en andar una distancia de unos seiscientos metros. A las nueve de la mañana del siguiente dia nos lanzamos hácia Chamunix atravesando las etapas de Bonneville, Elmes y Sallanches, donde llegamos con una lluvia fuerte que no enfrió el entusiasmo de una poblacion centuplicada por el concurso de los pueblos próximos. Allí ya el monte Blanco se alza en toda su severa majestad, y cuando cerrada la noche el cielo cargado de vapores quiso darnos el espectáculo de una tempestad, ese rey de las montañas monopolizando el trueno parecia que le hacia rodar por todos sus precipicios mientras le repetian todos sus ecos. Era este un gran cuadro, una gran sorpresa que no estaba marcada en el programa.





E. GRANDSIRE

SS. MM. DIRIGIENDOSE AL MAR DE HIELO.





BESTIERS

EXCURSION DE SS. MM. AL MAR DE HIELO.



El 2 de setiembre salíamos muy temprano para Chamunix; la lluvia había cesado, pero el cielo estaba cubierto aun con gruesos nubarrones. El camino se había puesto muy malo con la tempestad de la víspera, y de distancia en distancia no se veía camino, á pesar de las compañías de obreros reclutadas apresuradamente por los ingenieros para gobernarle lo mejor posible. Faltaba tiempo si no brazos. Dos veces nuestro carruaje debió ser sostenido por una docena de hombres vigorosos para que no volcara; en fin, al cabo de cuatro horas de marcha llegamos á Chamunix.

En Chamunix el aire es frío y llueve todavía, de modo que el emperador deja para el día siguiente su ascension al mar de Hielo. A pesar del mal tiempo, la emperatriz monta una hermosa mula, y llega hasta el ventisquero de los Bossons. No teniendo otra cosa que hacer, me voy con mis compañeros de viaje á un almacén de recuerdos, y tomo algunos de aquellos objetos de cuerno y de madera, esculpidos y tallados; de agata, cristal, y piedras del país trabajadas en Alemania y en los Pirineos. También entro en casa del fotógrafo Bisson, que á riesgo de su vida ha recorrido todos los senderos abiertos y por abrir del monte Blanco para sacar los clichés de esas magníficas vistas que le compran los aficionados y que él vende baratas, si se consideran los peligros que ha corrido para poder hacerlas. Yo también en mi paseo por las inmediaciones hago algunos apuntes.

Al otro día al rayar el alba cambió de decoración: el cielo está trasparente, el sol radiante. Nuestras montañas están prontas, y á las seis menos cuarto la comitiva imperial se pone en marcha. Un cuarto de hora basta para atravesar el Arve, seguir por su orilla izquierda el fondo del valle atravesando prados y campos cultivados y llegar al sendero de cien mil revueltas, por el cual se sube el Montanvers. Este sendero bastante practicable yendo á pié ó en mula, ofrece aspectos muy pintorescos. Por todas partes se ven peñascos amenazadores, abetos, brezos magníficos de anchas hojas y flor rosada y algunos olivos de Bohemia, éstos en número escaso. Aunque este camino estaba medio obstruido por peñas diseminadas y árboles caídos, á mí me gustaba tanto, que me confié enteramente á mi mula, y me puse á dibujar todo aquello que mas me llamaba la atención. En mi primer dibujo he tratado de reproducir el efecto de aquella larga fila de mulas que marchaban una detrás de otra y casi todas con guía.

Llegados á la meseta del Montanvers al cabo de dos horas y media, todo el mundo se apea con placer para calentarse, unos á la hoguera de la posada, y otros poniendo en movimiento las piernas. Desde esa llanura se domina el mar de Hielo, cuya inmensa extension no puede apreciarse inmediatamente. Hasta hay personas que ponen en duda que se necesitan tres horas y cuarto para la travesía del ventisquero. Sin embargo, distinguen en la otra parte hombres cuya presencia les señalan y que parecen moscas; con esto su incredulidad comienza á quebrantarse.

Desde el punto en que estamos el espectáculo es soberbio. Enfrente de nosotros el mar de Hielo con sus olas inmóviles; el sol, elevándose suavemente de un océano de vapores, tiñe con un rosa purpúreo la cumbre de los picos cuya base flota en la niebla; la aguja de Dru, inmenso obelisco, y la aguja Verde en segundo término; luego la aguja del Monge, la de Bochart, las agujas Rojas y el Brevent; luego el Diente del Mediodía, la punta de Tennerouges al Norte, y al Sur la aguja de los Charmoz. Encima de ese gran lago que parece un espejo, las nubes se condensan en copos de espuma y producen el efecto de un lago aéreo cuyo reflejo parece ser el lago terrestre. El valle no es mas que una superficie llana y lisa, cortada de trecho en trecho por algunas aldeas. En cuanto á las casas, son tan diminutas que parecen castillos de naipes. No insisto en la magnificencia de este panorama porque conozco mi impotencia para pintarle con exactitud, tanto con el lápiz como con la pluma.

Sin embargo, el emperador toma un garrote con punta de acero, que remata en su extremo superior en un cuerno de gamuza, y dando la señal de la bajada, marcha el primero seguido de la emperatriz, ayudada por un guía que le da la mano; siguen, también con guías, las damas de honor y los oficiales de la casa. Yo entro en fila á la cola, y hémos aquí dibujando una larga lazada sobre el flanco poco elevado pero rápido y pedregoso que presenta el Montanvers por el lado del mar de Hielo. El emperador á la cabeza y á la mitad de la cuesta suplica en tono de broma á los que le siguen que no arrojen piedras de arriba, y cada cual, con toda franqueza y libertad, trata de imitar á la emperatriz, que atravesando todos los obstáculos parece querer llegar la primera al ventisquero.

Desde el punto en que se encontraba el fotógrafo sobre el ventisquero, debíamos presentar a su vista un cuadro singular. Si hubieran hecho señal de detenerse, nadie se habría podido mover de su sitio en atención á las dificultades del terreno. El general Fleury comprendió al instante que se podía hacer algo, y preguntó al fotógrafo si estaba dispuesto; desgraciadamente estábamos muy distantes del artista, como yo observé. Continuamos la marcha, y llegamos por fin sobre el ventisquero que abría por todas partes sus inmensas grietas. Estas grietas se extienden verticalmente á profundidades enormes; sus superficies internas cuyo color que hasta muchos metros es de un azul de ópalo, mas abajo se hace mas oscuro, luego se cambia en verde botella, y por último, con la ausencia de luz se

ve negro. Como el ojo no distingue ya nada, el oído habla entonces á la imaginación, y parece que se oye resonar en el fondo de esos abismos insondables como la formidable voz de un torrente.

Al llegar á una plazoleta de hielo hácia la tercera parte de la travesía, toda la caravana se agrupa y el fotógrafo al grito de ¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz! principia su operacion que dura lo bastante para que pregunte la emperatriz si no se acaba pronto. El objetivo se cierra en fin, el artista da gracias con el grito anterior, y todo el mundo se pone en marcha. La emperatriz dice á los guías armados de hachas para cortar el hielo en forma de escalones en los pasos difíciles, que no hagan tal trabajo. S. M. se lanza intrépida adelante y cada cual la sigue como puede; el uno cae de un lado, el otro de otro, y todos se rien. La emperatriz llega á la cumbre de una de las ollas mas altas, cumbre tan aguda, que el emperador no puede colocarse en ella.

En vano llaman al fotógrafo. Por fortuna me hallaba yo á una distancia conveniente, desde la cual me aparecían los grupos admirablemente dispuestos para un cuadro. Me puse pues á dibujar el conjunto, y SS. MM. me acordaron algunos minutos con una gracia que me obliga á mostrarme digno de tal favor; ¡Dios quiera que lo haya conseguido!

Son las nueve y media y hay que volver. Los guías arrojan una piedra enorme que se precipita hasta el fondo de una grieta; la caravana se detiene un instante en un sitio donde crecen algunas plantas medicinales, entre otras el árnica, de la cual la emperatriz coge una flor que iba buscando hácia tiempo. En seguida se llega á la posada, donde se encuentra toda la caballería de la montaña. Volvemos á nuestras mulas, y tomando otra vez el sendero por donde habíamos subido, comenzamos la bajada, mirando por última vez aquel soberbio cuadro cuyos primeros términos estaban animados un momento antes por la gracia, la belleza y la intrepidez de una soberana. A. M.

### Luisa Maximiliana de Stolberg,

PRINCESA ESTUARDO Y CONDESA DE ALBANY.

(Conclusion.)

Al mismo tiempo advirtió Carlos el inmenso amor que sentía hácia su esposa el gran duque Fernando III; este noble y desgraciado príncipe luchaba hácia cinco años con su violenta pasión, la cual y á despecho de sus esfuerzos empezaba ya á romper sus diques.

Una malvada alegría inundó el alma del príncipe: á través de aquellas pasiones contenidas, pero tumultuosas, veía el divorcio; ¡el divorcio, su sueño dorado! Dispuso una partida de caza y se ausentó por dos meses, para dejar á su esposa con toda libertad.

A su vuelta quiso hallar una distraccion en sus relaciones con Leopoldina; pero la joven camarista le tenía un verdadero y profundo horror.

En vano esperó el conde que su esposa faltase como él á las leyes de la virtud y del honor: ya hemos visto por la relación de Leopoldina el método de vida que seguía: su amable cortesía con el gran duque y con Alfieri no había llegado á inspirarles la menor esperanza: la condesa recibía á mucha gente, con especialidad á todos los extranjeros distinguidos que atravesaban los Alpes. Su afabilidad, el encanto de su conversacion y la elegancia de sus modales, atraían á su casa multitud de personas ilustres y lo mas escogido de la sociedad de Florencia.

El célebre Alfieri rehusó durante mucho tiempo ser presentado á la condesa de Albany: conocía el irresistible encanto de esta mujer y no quería sujetarse al yugo del amor; mas al fin, vencido por su pasión, consintió en ir á su casa, dejando para siempre á los pies de la condesa su corazón y su libertad.

### VII.

Poco despues que Leopoldina hubo salido corriendo del salon donde se hallaba el conde de Albany, suspendió este su paseo, y dándose una palmada en la frente como una persona á quien ocurre un pensamiento feliz, se dirigió á la habitación de su esposa, situada en el ala opuesta del edificio, al tiempo que daban las nueve en el gran reloj del palacio.

Luisa estaba ocupada en una labor de tapicería: una lámpara de plata, colocada sobre una mesa de púrpura, iluminaba su dulce y poética figura.

Llevaba un traje de raso azul, guarnecido de preciosos encajes y un rico aderezo de perlas: sus cabellos rubios levantados en bucles sobre la frente, estaban ligeramente cubiertos de polvos perfumados y entretejidos con una graciosa sarta de perlas de un tamaño muy notable, que formaba parte del aderezo.

La estancia estaba profusamente iluminada, pues Luisa era una de esas pocas mujeres que jamás olvidan lo que se deben á sí mismas.

— Señora, dijo Carlos entrando sin ceremonia y arrellanándose en un sillón: vengo á decirles que estoy cansado de vos y que quiero que nos divorciemos.

Luisa miró á su esposo y conoció en su semblante encendido y descompuesto que hacia poco que había cenado: por lo mismo pues bajó la cabeza sobre su bordado y no contestó.

— ¿No me ois? repuso el príncipe: os quiero dejar en libertad con vuestro amante el conde Alfieri.

Palideció Luisa al escuchar este nombre: realmente amaba al ilustre poeta, y aquella pasión se había deslizado traidoramente en su corazón vacío.

— Yo no quiero separarme de vos, señor; respondió con moderacion: no busqueis pretextos, deshonrosos para vos y para mí, para romper nuestro matrimonio: ya os dije que guardaría puro vuestro nombre.

— Es que yo no quiero vivir con vos.

— Ni yo; pero me parece que vivimos bastante separados.

— Anhele ser libre.

— Lo sois. ¿Os pido yo cuenta de vuestras acciones?

— Ni yo de las vuestras.

— Haced mal: yo puedo dáosla muy cumplida: preguntad.

— ¿Amais al conde Alfieri?

— ¿A qué viene esa pregunta?

— ¿Le amais?

— Básteos saber que no os amo á vos; y sobra que os asegure que conservo y conservaré puro de toda mancha vuestro nombre.

— Es que yo quiero librarme de vuestra presencia, señora; ¿lo ois?

— Marchaos, como habeis hecho otras veces: yo no os lo impido.

— Marchaos vos en tanto que entablo el divorcio.

— Yo no quiero dejar mi casa ni divorciarme; respondió Luisa con firmeza y haciendo un ademán que quería decir daba por terminada la conversacion.

— ¡Hola! ¿me desafiáis? exclamó el conde que en el paroxismo de su furor no oyó entrar un coche en el patio.

— No os desafío, respondió Luisa con tranquilidad; pero si os digo que no me sujetaré á un divorcio para el cual no he dado la menor causa.

— La daré yo pues, repuso el conde con la fría y grosera dureza que le era habitual; y cogiendo un jarro de China de encima de la mesa le arrojó con fuerza á la cabeza de Luisa.

Un raudal de sangre cegó á la desgraciada joven que abrió los brazos, dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

En el mismo instante se abrió la puerta del salon y aparecieron en el umbral el anciano príncipe de Stolberg y el cardenal de York, hermano mayor de Carlos. El anciano tomó á su hija en sus brazos y la sacó de la estancia.

El cardenal se dirigió á su hermano, que le miraba con estúpidos ojos, le puso una mano sobre el hombro y con voz fuerte:

— ¡Príncipe Carlos, le dijo, sois un villano! ¡Nunca os sentareis en el trono de vuestros padres! ¡Dios jamás os ayudará en vuestras empresas! ¡Y morireis... como habeis vivido!

Anonadado el conde cayó á los pies del ministro de Dios.

— ¡Príncipe! continuó el cardenal; me llevo á Luisa, tu ángel bueno, no como divorciada, sino como reclamada por el pontífice que la arranca á tus malos tratamientos y le da por asilo mi palacio. Así se hará publicar por todo el orbe cristiano. Ahora, ¡que Dios tenga piedad de tí!!!

Salió el cardenal apenas hubo pronunciado estas palabras: cayó Carlos con la frente contra el suelo, teñido aun con la sangre de su esposa; mas en medio de su estupor oyó el rumor del carruaje que se alejaba llevándose á Luisa, á su padre y al severo é imponente cardenal de York.

Entonces alzó los ojos y las manos al cielo y gritó con angustia:

— ¡Solo!... ¡solo!... ¿En dónde están los hijos que maté?...

### VIII.

La separacion de la princesa Estuardo del domicilio conyugal, sancionada y llevada á cabo por el mismo pontífice, aumentó la triste celebridad que ya había debido á las desgracias de su matrimonio.

Luisa fué depositada en el palacio de su cuñado el cardenal de York, donde bien pronto vió al conde Victor Alfieri.

El cardenal, á pesar de su carácter severo y verdaderamente augusto, no pensó en prohibir á Luisa el trato amistoso que desde hacia seis meses seguía con el distinguido poeta: conocía la grandeza de alma de aquella noble mujer, y sabía que aquel puro amor no necesitaba para vivir radiante é inextinguible, del sacrificio de su honra.

Cuéntase que habiendo reconvenido el pontífice al cardenal acerca de su tolerancia respecto de aquellos amores, le contestó este con nobleza:

— Señor, en tanto que la princesa mi hermana consienta en abrigar su cabeza bajo mi techo; en tanto que Alfieri me dé la mano; no ha nacido en sus corazones un pensamiento culpable.

Un año despues de estar en Roma, leyó Alfieri delante de algunos nobles su tragedia *Bruto*, que produjo algun contento en varios de los oyentes, y que removi6 muchos terribles odios de familia: denunciaron el autor al pontífice: hubo quejas é intrigas; y habiendo coincidido con estos incidentes las tentativas del gran duque de Toscana para separar á Alfieri de Luisa, á la cual amaba cada día con mas frenesí y menos esperanzas, el gran poeta fué desterrado de Roma.



Partió Alfieri y fué á refugiarse á Francia: en Paris escribió sus tragedias *Saul*, *Agamenon*, *Bruto II*, *Agis*, *Timoleon* y *Maria Estuardo*; pero su carácter, siempre sombrío y receloso, y su salud, que nunca había sido buena, se resentieron mucho de la ausencia de la condesa: esta mujer ejercía en él una influencia irresistible: su dulce voz calmaba todos los dolores de Alfieri; su sola vista amenguaba todos los arrebatos de su ira que era terrible: de ella recibía su inspiración, y sin ella su genio moría y su alma se cubría de tinieblas.

La condesa de Albany, informada de lo que ocurría por el pintor Fabre, jóven de gran genio y amigo íntimo de Alfieri, pidió permiso al pontífice para retirarse al convento de la Anunciata de Nancy: conocía bien el alma grande y sublime del poeta, y estaba persuadida de que le bastaba saber que ella vivía bajo el mismo cielo y con poderla ver de vez en cuando, aunque fuese tras de las rejas de un convento.

Nueve años permaneció allí Luisa: durante ellos el gran duque pudo por fin ahogar la llama que por tanto tiempo había alimentado, pues no es cierto que vive el amor sin correspondencia, y siguió Luisa su vida pacífica, laboriosa y ocupada en las artes y en las letras, á las cuales tenía mucha afición.

En nada se había alterado la dulzura angelical de su carácter; pasó de la primavera al estío de la vida sin que su belleza ni su indole sufriesen variación alguna sensible; sin embargo, su corazón recibió rudos golpes: cuatro años hacía que se hallaba en el santo asilo que había elegido, cuando tuvo que salir de él para recoger el último adiós de su padre que la llamaba desde su lecho de muerte.

Luisa padeció mucho en esta prueba cruel: la vida del anciano había sido abreviada por el sentimiento del martirio de su hija, y esta vió alzarse en su alma un remordimiento eterno por no haber estimado en lo que valían los consejos de su buen padre antes de su desgraciado matrimonio.

Al cumplirse nueve años que estaba en el convento recibió una carta que decía así:

« Señora: próxima á comparecer ante el tribunal supremo necesito alcanzar el perdón de V. A. Yo sé que me lo concederá porque conozco toda la nobleza de la hermosa alma de V. A., y porque se acordará del afecto que la profesaba su pobre Leopoldina.

» Señora: poco tiempo después de tomar el soberano pontífice á V. A. bajo su protección y calmado el primer remordimiento de S. A. el príncipe vuestro esposo, tuve la debilidad de ceder á sus ruegos, ó mejor dicho, á sus persecuciones; conseguí del gran duque el destierro de mi prometido el vizconde Gualtero, quien ha permanecido ocho años en país extranjero y padeciendo las crueles penalidades de la proscripción.

» Pero hace dos días que escapó del castillo en que estaba encerrado y llegó á Florencia: penetró en el palacio de V. A. y hundió un puñal en mi pecho... »

Luisa, al llegar aquí, interrumpió la lectura: palideció y hubiera caído al suelo á no ver entrar en su habitación á la abadesa seguida de un correo del pontífice.

— Señora, dijo la abadesa; un enviado de Su Santidad para V. A.

El correo puso una rodilla en tierra y entregó á la princesa un pliego sellado con las armas pontificales. Luisa le abrió y leyó lo que sigue:

« A la princesa Luisa de Stolberg, nuestra muy amada hija, salud:

» Sois libre: un puñal vengador ha puesto fin á la culpable existencia del príncipe Carlos.

» Adjuntos son los títulos de donación de una renta de 60,000 francos anuales que la corte de Francia me ha concedido para vos.

» Vuestro padre en Dios Pío VI. »

El correo del pontífice traía también otra carta del cardenal de York, concebida en estos términos:

« Carlos ha muerto, mi querida hermana: el mismo puñal que ha dado muerte á la infeliz Leopoldina ha atravesado también su corazón.

» Sois libre de vivir desde hoy donde os parezca y libre asimismo en todas vuestras acciones; pero si creéis deberme algo, si me amáis, os ruego que no dejéis nunca el título de princesa Estuardo que tanto habeis sabido honrar.

» Os bendice y os abraza vuestro hermano

» EL CARDENAL DE YORK. »

Luisa volvió á tomar la carta de Leopoldina que concluía así:

« ... y hundió un puñal en mi pecho sepultándole después en el del príncipe Carlos, á quien dejó sin vida... »

Luisa cayó de rodillas y oró por los culpados, derramando abundantes lágrimas de un verdadero dolor.

IX.

La princesa pasó los primeros meses de su luto en el convento: después se trasladó á Paris donde se unió á Alfieri con los lazos del matrimonio bajo la condición expresa de que su unión había de permanecer secreta para complacer al cardenal, no dejando su título de viuda de Carlos Estuardo.

Sin duda por eso algunos biógrafos han considerado á la condesa de Albany como la querida de Alfieri; pero otros más exactos ó más conocedores del corazón humano, afirman su casamiento con el gran poeta, mucho

mas creíble que un trato ilícito, en dos seres tan nobles como el conde Alfieri y la princesa Estuardo.

Por mas que os digan, amadas lectoras mías, que el vicio tiene atractivos, no lo creáis jamás; por mas que os repitan que los grandes hombres y las grandes mujeres han sido siempre despreocupados é irreligiosos, afirmad que es mentira: solo de las medianías han nacido los ateos, los viciosos: la virtud, la religion, son las únicas sendas que conducen á la gloria y á la inmortalidad.

Los sucesos del 10 de agosto, los tres grandes años, como se llamaban entonces, la caída, en fin, del trono de Luis XVI, despojó á Luisa y á Alfieri de todo cuanto poseían en Francia; pero aun les quedaban grandes recursos, dice un biógrafo, y además el gobierno inglés creyó propio de su dignidad asegurar la subsistencia á la que había sido esposa del heredero de los Estuardos.

Regresaron á Toscana, y trece años después, es decir, en 1803, murió Alfieri en Florencia, envejecido precozmente por sus impresiones siempre fuertes y ardientes: durante este tiempo la condesa de Albany fué su ángel tutelar; padecía el gran poeta horribles dolores al hígado, y por espacio de trece meses pasó Luisa su vida sentada junto al sillón del enfermo y leyéndole en voz clara y dulce las obras que había compuesto él mismo y otras muchas de sus autores predilectos: otras veces cantaba acompañándose con el arpa, y de este modo era como únicamente conseguía que se calmasen los sufrimientos de Alfieri.

Esta valerosa mujer, al ver enfermo á su marido, no guardó ya miramiento alguno y se instaló en su casa para cuidarle y consagrarle todos los instantes de su vida, sin pensar en lo que la opinión pública pudiera decir de ella: no obstante, y á pesar de ser enteramente ignorado su matrimonio, la maledicencia respetó siempre á la princesa Estuardo. Florencia entera la adoraba por su bondad, sus virtudes y su talento.

El cadáver de Alfieri fué depositado en un magnífico mausoleo erigido en la iglesia de Santa Cruz de Florencia, escultado por el célebre Canova y pagado á peso de oro por la condesa de Albany.

Tres meses después de su muerte, apareció una espléndida edición de las obras del gran poeta, mandada hacer por Luisa y dirigida por el pintor Fabre, amigo de ambos esposos, y el mismo que como ya dije, avisó á la condesa la decadencia de la salud de Alfieri cuando aquella se retiró al convento.

X.

Luisa, durante los primeros meses de su segunda viudez, se vió inquietada por el gobierno francés: pasó el primer año de su soledad en el mayor retiro; y luego, viendo que seguían molestándola con una vigilancia continua, marchó á Paris y pidió una audiencia á Napoleón.

Tenia entonces cincuenta y un años; pero su tez se conservaba tan pura, sus ojos tan hermosos, tan rubios sus cabellos; estaba aun, en una palabra, tan hermosa, que el emperador idólatra de la belleza de las mujeres, á pesar de su aparente estoicismo, la miró asombrado

— Señora, dijo, con razon se afirma que el talento es siempre jóven y siempre bello.

— Señor, respondió la princesa, yo no soy ya mas que una pobre mujer que desea la dejen vivir tranquila, y que si alguna vez ha tenido talento, hoy solo quiere conservar el de mover la piedad de V. M.

— ¿Qué queréis de mí, señora? preguntó con alguna acritud el emperador.

— Quiero, ó mas bien ruego á V. M. que dé orden para que cesen las persecuciones de que me veo rodeada.

— ¿Me lo pedís como la viuda de Estuardo ó como la viuda de Alfieri?

Palideció Luisa, porque los ojos del monarca lanzaban rayos.

— Soy la viuda de Alfieri, respondió tras algunos instantes de silencio y con una firmeza digna y modesta.

— Entonces, señora, participareis de las ideas republicanas y enemigas del trono que toda su vida ha profesado vuestro esposo, y extraño que me pidáis una libertad que no debo concederos.

Luisa se inclinó y se dirigió á la puerta

— ¿A dónde vais, condesa, preguntó el emperador asombrado.

— Marcho á Inglaterra, señor.

— ¿Os desterrais vos misma?

— Sí, señor.

— ¿Porqué?

— Porque á imitación de Alfieri, detesto la tiranía y no puedo sujetarme á la vuestra.

— Sois una noble y esforzada mujer, dijo el emperador tomándole una mano que estrechó con fuerza: ¡lástima que no tengais hijos!

— Señor, el talento es estéril, contestó Luisa sonriendo con la gracia encantadora que le era propia, y V. M. me ha hecho el honor de decirme que le tengo.

Una nube pasó por los ojos del emperador al ver aquella sonrisa que enseñaba una doble sarta de diminutas perlas.

— ¡Quedaos en Paris, condesa! dijo á media voz y como avergonzado de su propia emoción: ¡vivid cerca de mí! ¡La vida debe ser muy bella junto á vos!

— Señor, Florencia me llama; dejadme volver allá y venid alguna vez á honrar mi palacio.

— ¿Me recibireis?

— ¡Oh, señor! os recibiré y enseñaré, ya que no ten-

go hijos para los ejércitos de V. M., los hijos de mi ingenio.

— ¿Haceis versos?

— ¡Inspirados por vos y para vos solo!

— Iré, respondió Napoleon besando con transporte las manos de Luisa.

Cuando hubo salido esta, murmuró:

— ¡Oh, qué mujer! ¡por la primera vez la fama no ha mentido!

XI.

Algun tiempo después de esta entrevista y en una hermosa noche de estío, Luisa, sentada junto á la ventana de su gabinete, aspiraba los perfumes de innumerables flores que morían en vasos de pórvido.

A su lado el pintor Francisco Javier Fabre la miraba con tristeza.

— No penseis en eso, Javier, dijo ella tras algunos instantes de silencio: no quiero volverme á casar: mis dos primeros matrimonios tienen excusa; creí amar á Carlos y quizá le amé mucho; pero su conducta mató mi amor: hallé en Alfieri la realidad de mi ideal y le amé también; por eso me volví á casar: mas á vos os estimo como á mi amigo y no puedo casarme.

— Ya sé que no me amáis, Luisa, repuso Javier tristemente; pero os amo yo y deseo pasar á vuestro lado mi vida. ¡Oh! ¡no sabeis desde cuándo os amo!...

— Vaya, decidmelo.

— ¡Desde el dia primero que os ví! Era ese amor vovraz que algunos adolescentes conciben por una mujer que puede ser su madre.

— ¿Y no se ha apagado?

— No.

— Pues, hijo mio, mi edad ya no es á propósito para inspirar amores; repuso Luisa sonriendo: ¡tengo mas de cincuenta años!...

— ¿Qué importa si sois tan bella? ¿Qué importa si vuestro corazón es tan sensible, vuestra alma tan elevada, vuestro talento tan encantador, vuestra imaginación tan fresca?

— Vamos, Javier, olvidad vuestras locuras.

— ¿Me despedís?

— ¡Si no mudais de conversacion, sí: idos y dejad que ruegue á Dios, como lo hago todas las noches, por el alma de Alfieri: ya sabeis que tengo mi sepulcro abierto en el mismo mausoleo que el suyo y que él mismo dejó escritos antes de morir nuestros dos epitafios: pronto iré á ocupar mi sitio á su lado!

Javier nada contestó y salió silencioso y sombrío.

— Este hombre me da pena, murmuró Luisa: ¡extraño destino el mio! . . . . .

Seis meses después se casaba con Javier, agonizante por los inútiles esfuerzos que había hecho para ahogar aquel amor.

A los dos meses de celebrado su matrimonio dejó Javier el lecho mas fuerte, mas contento, mas feliz que nunca; y sus obras adquirieron bajo el influjo de Luisa un sello de belleza radiante é inmortal.

XII.

Luisa hizo su testamento á los sesenta y cinco años de su edad, dejando heredero á Javier de todos sus bienes y de todos los libros, manuscritos, cuadros, esculturas y otros objetos de arte, que á su vez había heredado de Alfieri.

Todavía vivió siete años, sin embargo: la edad, al robarle su belleza, le dejó la augusta expresión de un alma incomparablemente hermosa y de una conciencia purísima: no la robó tampoco el tiempo el cariño de Javier, cuya pasión no hizo mas que variar de carácter: en tanto que vivió la condesa fué su consejera, su amara amiga; y cuando murió iba á postrarse ante el mausoleo, donde descansaba al lado de Alfieri, para pedirle inspiración.

Luisa falleció á los setenta y dos años de su edad: aun estaba hermosa en los últimos meses de su vida con sus cabellos blancos como plata cayendo en largos rizos, y sus ojos negros llenos de ternura.

Esta admirable mujer debió su celebridad, menos á su alto nacimiento, que á sus desgracias, á sus virtudes y sobre todo á las inmensas pasiones que supo inspirar: su amor hacía el gran Alfieri y el que este la profesó, elevaron mas que nada el pedestal en que descansaba su augusta sombra tan régicamente virtuosa, tan soberanamente bella.

No profanó el amor cuando la edad empezó á marcar en sus facciones su destructora huella: de los veinte años que estuvo casada con Fabre, diez y ocho fué su amiga: su carácter noble é ideal no podía permitir entre ambos mas estrechas relaciones.

Había vivido como una mártir y murió como una santa en Florencia el 29 de enero de 1824.

Fabre no volvió á amar: colocó los retratos de Luisa y de Alfieri en la galería de Florencia, detrás de los cuales hay escritos dos excelentes sonetos de la mano del gran poeta.

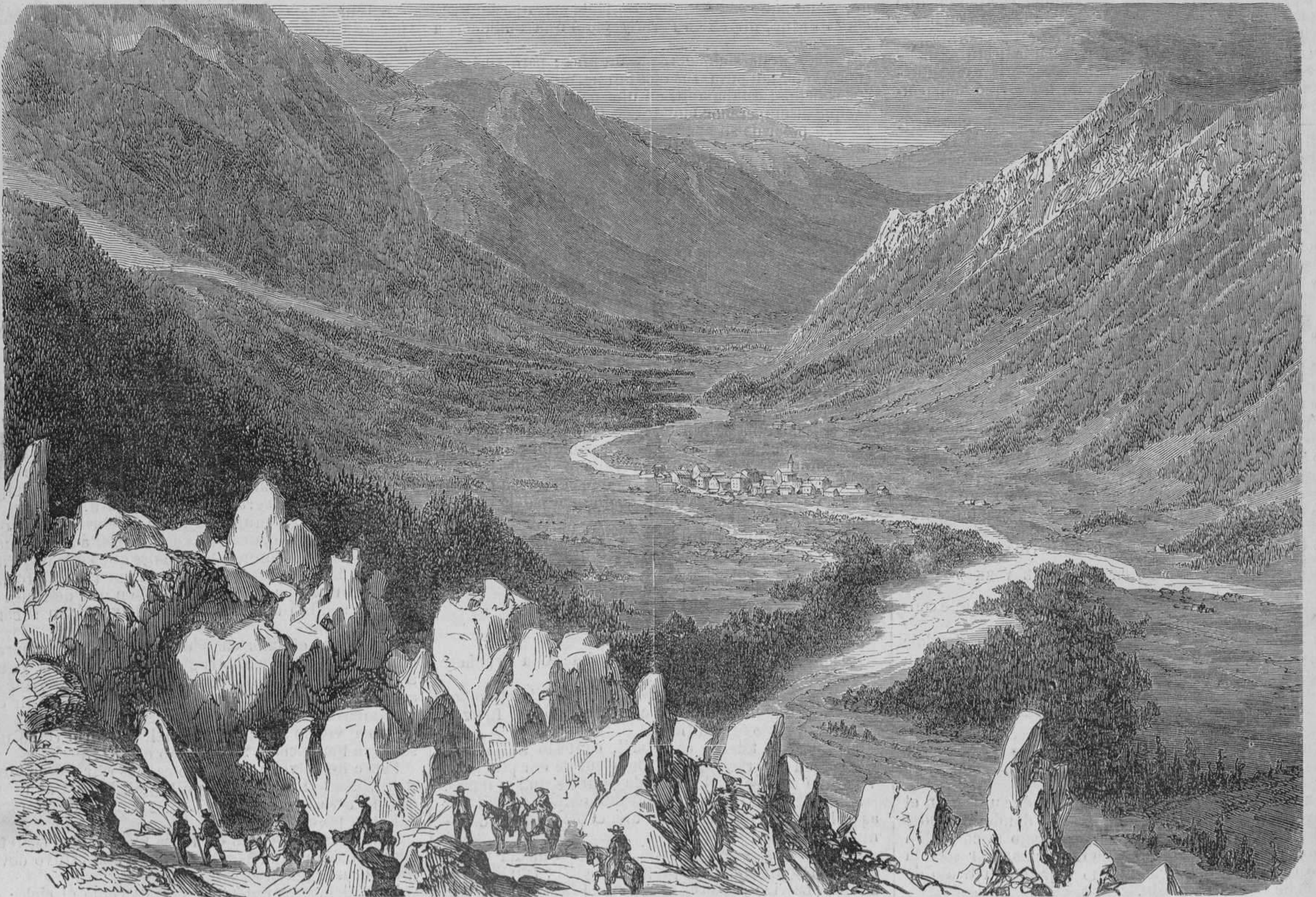
El tercer matrimonio de Luisa fué también secreto; pero Napoleon lo supo y durante un año estuvo devorado por una negra melancolía.

Luisa demostró que el corazón es como el cielo: en aquel caben muchos amores como en este se multiplican los sitios á medida que hay mas ángeles; pero, como los ángeles en el cielo, los amores en el corazón tienen también sus gerarquías.





TRAJE DE S. M. LA EMPERATRIZ PARA SU EXCURSION AL MAR DE HIELO.



VISTA GENERAL DEL VALLE DE CHAMUNIX.